

Juicio de Genocidio en Guatemala

Resumen de Kate Doyle

DÍA UNO

*El lunes 26 de mayo empezaron las audiencias con el testimonio de **Jacinta G.** quien se presentó frente al juez a través de un intérprete. Jacinta describió los efectos de las masacres del ejército que se extendieron a través de El Quiché durante 1981 y 1982, y que forzaron a miles de mayas residentes en El Quiché a huir de sus casas y esconderse en las colinas y bosques que rodean sus comunidades. Jacinta, casada a los 14 años tenía 8 hijos cuando el conflicto comenzó, cuatro de ellos murieron a causa de la violencia.*

Yo vivía en la comunidad del Carrizal de la municipalidad de Chiché, Quiché. A comienzos de 1982, oímos rumores que el ejército mataba gente, pero no sabíamos nada al respecto. Y entonces una noche llegaron los soldados a mi casa. Llegaron derecho a mi cuarto y me agarraron, me dijeron que buscaban a mi marido y me preguntaron por su paradero. Después entraron a su cuarto y mi esposo trató de escapar por el techo de nuestra casa pero ellos lo atraparon. Lo bajaron del techo y le ordenaron vestirse, luego lo mataron en el patio de nuestra casa. Ellos lo golpearon con sus armas, fracturando su cráneo y luego le dispararon.

Todos nuestros hijos estaban presentes. Los soldados nos forzaron a ir al patio y nos dijeron que nos quedáramos ahí mientras ellos registraban otras casas en el pueblo. Dijeron que si no encontraban a la gente en sus casas regresarían para matarnos. Después de que se fueron, mis hijos y yo escapamos. Nos fuimos hacia el bosque, nos escondimos y regresamos al día siguiente. Encontramos a mi esposo tirado, muerto en el patio, negro con la sangre encharcada en su cuerpo por la paliza.

Regresamos a nuestra casa porque nuestra comida estaba ahí. Pero las masacres continuaron en los pueblos de nuestro alrededor, así es que decidimos irnos. Primero fuimos al pueblo de Laguna Seca. Luego, en Laguna Seca los soldados mataron a todos, entonces huimos a Choyomché. Huí con todos mis hijos desde los más pequeños hasta los más grandes, pero dejamos allí nuestra comida y no teníamos nada. Fuimos de pueblo en pueblo. Cada vez que llegábamos a un sitio los soldados eventualmente llegaban a matar a todos, entonces teníamos que huir nuevamente.

[¿Cómo sobrevivieron?] Cuando llegábamos a un pueblo, si todavía había gente allí ellos nos daban una taza de atole, pero si no quedaba nadie, pasábamos hambre. Así es como algunos de mis hijos murieron. A uno lo mataron los soldados, le dispararon con su pistola; otros tres murieron de hambre y miedo. Finalmente salí de El Quiché para la costa sur para tratar de ganar algo de dinero recogiendo café en las plantaciones de allá. Yo necesitaba ir allá para alimentar a mis hijos. Ahí conocí a mi segundo marido.

Regresamos dos años y medio después a vivir en Chupoj, de donde él era. Para ese entonces el conflicto había terminado.

Cuando nos mudamos a Chupoj, había rumores que los soldados estaban secuestrando niños para forzarlos a ingresar al ejército. Decidí unirme a otra gente que ya había comenzado a trabajar unida para defender a sus hijos, y así es como pasé a formar parte de CONAVIGUA.

[¿De qué base venían los soldados que mataron a su esposo?] Ellos venían de la base en Quiché. Lo sé porque cada vez que iba veía la base y a los soldados reunidos y vestidos de la misma manera que aquellos que llegaron a mi casa. [¿Los soldados que llegaron a su casa estaban acompañados por las PACs?] No, eran sólo soldados. Cuando el conflicto comenzó y huimos de nuestro pueblo, aún no había paramilitares involucrados, era solamente el ejército. [¿Cuando usted huyó, había bombardeos en la montaña?] No había bombardeos. Pero la razón por la que continuamos huyendo era porque los soldados estaban matando cerca de nosotros- llegaban por detrás nuestro y mataban.

* * *

Feliciana M., una mujer quiché de Chupoj, vive hoy en la Ciudad de Guatemala con sus tres hijos. Ella le contó al juez Pedraz sobre la desintegración de su comunidad debido a los ataques del ejército que desplazaron su familia permanentemente de su casa y de su tierra.

A finales de 1981, cuando yo tenía como 13 años, estaba viviendo con mi familia. Vivíamos en armonía y todo estaba bien. Entonces llegaron los militares a diferentes comunidades de nuestro alrededor. Empezamos a oír rumores de que en las comunidades cercanas habían habido asesinatos, incendios de casas y cosechas. Pero la violencia no había llegado a donde estábamos nosotros.

Después, en una ocasión yo estaba con mi familia en el mercado comprando cosas. De repente unas personas con uniforme militar llegaron a donde uno de los vendedores y lo mataron justo en frente de mí. Ese fue el primer sobresalto que yo experimenté, porque nunca antes había visto eso. Me impactó de sobremanera y me dejó muy asustada. Desde ese momento tuve problemas para dormir. Cuando quería dormir empezaba a pensar en cómo dejaron a ese hombre tendido en el piso, cómo brotaba la sangre de su cabeza como un río y eso me pegó muy duro. Me tomó mucho tiempo recuperarme de eso.

Pasó el tiempo. Nuestra comunidad era todavía muy pacífica. Entonces una tarde los militares llegaron a mi casa. No recuerdo la fecha. Llegaron y rodearon la casa. Estaban allí mis tres hermanos, mi papá, mi mamá y dos sobrinos que estaban viviendo con nosotros. Ellos se llevaron a mi papá y a mis hermanos afuera de la casa y les amarraron las manos y los pies, luego los tiraron al piso y empezaron a acusarlos de ser de la guerrilla. Mis hermanos habían construido una casa con bloques de cemento; era la primera casa de cemento construida en nuestro pueblo. Entonces los soldados dijeron que ¿cómo era posible que en esta comunidad hubiera una casa de cemento? ¡Debe ser

una casa de la guerrilla, por eso está hecha de ese material! Y empezaron a buscar en toda la casa. Sacaron nuestras pertenencias y nuestra ropa fuera de la casa y las destruyeron.

Mi mamá, mis primos y yo nos escondimos en otra pequeña edificación hecha de tallos de maíz. Yo miraba todo, me sentía asustada y pensé que iban a matar a mis hermanos y a mi papá. Poco después llegó otro grupo de soldados que traían a tres hombres consigo. Ataron a los hombres de la misma manera y los arrastraron como si fueran animales, tirándolos de la soga. Y dijeron que iban a buscar armas en las casas y que si encontraban alguna nos matarían a todos.

Como no había nada en nuestra casa, excepto nuestras cosas que ellos ya habían destruido, ellos se fueron llevándose con ellos a uno de mis hermanos. Ellos lo secuestraron. Más tarde, nos dijo que lo habían obligado a buscar comida en las casas de nuestros vecinos. Le dijeron que si encontraba comida, él estaría bien, pero si no, lo matarían. Se lo llevaron a todas las casas aquella tarde y no terminaron sino hasta las 10 de la noche. A esa hora él regresó a casa. Nos dijo que después de haber reunido toda la comida de los vecinos, lo habían llevado a nuestra escuela donde había muchos soldados reunidos. La comida era para ellos.

En ese punto comenzó nuestro temor, aunque en esa ocasión no nos habían matado. Pero el temor comenzó allí, ya no hubo más tranquilidad, estábamos asustados. Mis hermanos no podían trabajar en paz, siempre estaban atemorizados. Siempre estábamos mirando alrededor de la casa para ver si los soldados venían de nuevo.

Pasó más tiempo y los soldados llegaban constantemente a nuestra comunidad – no sólo a la nuestra sino también a las comunidades de los alrededores. Esta vez ellos no mataban a una o dos personas a la vez. Ellos empezaron las masacres. Atacaron Chupoj varias veces, pero la cuarta vez empezaron a dispararle a todo el mundo. Había tantos disparos que se escuchaban como cohetes de navidad.

Nunca supimos por qué nos estaban matando, si es que había una razón, o si la comunidad había cometido algún crimen. Nunca nos dijeron nada. Lo único que sabíamos era que los soldados llegarían y empezarían a matar a todos los que vieran. Esto continuó por mucho tiempo. Ellos seguían llegando y nos perseguían, a veces durante semanas. Recuerdo en particular dos ocasiones diferentes en las que nos persiguieron durante más de una semana, de montaña en montaña, de pueblo en pueblo. Caminábamos durante la noche y no podíamos parar porque aún nos perseguían. Nos perseguían hasta que se cansaban y se rendían luego regresábamos a nuestro pueblo muriendo de hambre y de enfermedades.

Cuando escapábamos a las montañas no teníamos comida ni cobijas. Pasamos tiempo bajo el sol ardiente, bajo la lluvia, durante muchas noches. Cualquier cosa que dejábamos en las casas los soldados la robaban.

El 28 de agosto de 1982 fuimos a la Ciudad de Guatemala para escapar de la represión. Fue difícil. En primer lugar no conocíamos la ciudad. En segundo lugar, no teníamos nada de dinero y no sabíamos cómo sobrevivir. Tuvimos que quitarnos nuestros vestidos tradicionales que son parte de nuestra identidad, por miedo a ser acosados. La gente nos hacía preguntas como ¿por qué están aquí?, ¿por qué tuvieron que huir? Aunque no les dijimos lo que había pasado, nos señalaban y decían ¡ah, ahí están los fugitivos! Eso era muy duro para nosotros.

[¿Dónde trabaja ahora?] Ahora soy parte de CONAVIGUA. Es una organización creada como consecuencia del conflicto armado, constituida por viudas y gente joven. El trabajo es en defensa del derecho a la vida, los derechos de los niños y los derechos humanos. Tenemos entre 13,000 y 15,000 miembros, la mayoría de ellos son personas que perdieron familiares durante el conflicto. Estamos tratando de honrar la memoria de nuestras familias, en particular mediante la exhumación de sus cadáveres para que los podamos sepultar con dignidad.

DÍA DOS

María C.G. fue la primer testigo el martes 27 de mayo. Ella nació en Choyomché, la mayor de seis hermanos, se casó a la edad de 15 años con Gaspar C., y tuvieron 10 hijos. Habló a través de un intérprete, describiendo las redadas en El Quiché y la llegada de las PACs.

Primero que nada quisiera agradecerles por permitirnos venir aquí y por escucharnos. Hoy, en Guatemala donde vivo, hay todavía tantos problemas y significa tanto poder venir acá y dar un testimonio en España. Ustedes nos han dado una bienvenida amable, la que contrasta con la forma en la que fuimos tratados en Guatemala.

Durante el conflicto armado, mi comunidad en Laguna Seca y todas las comunidades cercanas, fueron constantemente asediadas y atacadas por los militares, comenzando en 1981. Tuvimos que dejar nuestra casa y todas nuestras pertenencias y escondernos en las montañas. No teníamos nada que comer, una de mis hijas murió de hambre cuando tenía 2 años. Durante un año estuve escondida en la montaña y a escondidas volvía al pueblo por comida, pero fue difícil porque los soldados seguían detrás de nosotros, y había bombardeos desde aviones y helicópteros.

Después de que los soldados masacraron a nuestros pueblos en 1981 y 1982, el ejército envió patrulleros para controlar a las comunidades. Ellos permanecieron entre nosotros día tras día, acusándonos y hostigándonos. No nos permitían salir a comprar comida. Constantemente nos amenazaban con matar a los hijos varones de nuestro pueblo, diciendo que ellos morirían porque eran malas personas: "semillas del mal" [semillas de la guerrilla]. Mi familia se dispersó. Tuve que enviar lejos a mis hijos porque si los militares los atrapaban, los matarían.

Para buscar alimento teníamos que ir al Mercado de Chiché. Pero una vez que se instalaron los patrulleros no pudimos ir más a Chiché a comprar cosas porque a lo largo

del camino había grupos de patrulleros vigilando los caminos y si lo encontraban a uno viajando le cortaban el cuello. Como no podíamos encontrar comida, empezamos a morirnos de hambre. El hombre que coordinaba las PACs de Chiché, Don Guicho, no nos permitía viajar. Encontramos algo de comida en la montaña como moras silvestres, pero sufrimos mucho porque no teníamos nada que comer. Yo estaba con mis dos niños en la montaña y fue terrible. Pensándolo ahora, me dan ganas de llorar. Ambos se estaban muriendo de hambre. No eran nada más que huesos.

[¿Alguna vez fue capaz de regresar a su casa?] La primera vez que huí de la violencia, corrí hacia varias comunidades en El Quiché, pero a todas partes que íbamos eventualmente llegaban los soldados a matar la gente y a quemar el pueblo. Y cuando los soldados se dieron cuenta que estaban persiguiendo al mismo grupo de pueblo en pueblo, en una ocasión rodearon las comunidades y juntaron a la gente al final de un barranco para que no pudieran correr hacia ningún sitio. Allí los soldados mataron a todos y arrojaron sus cadáveres por el borde del barranco. Muy poca gente sobrevivió, solamente aquéllos que se pudieron esconder detrás de los árboles. Todos los demás murieron – niños, ancianos, hombres y mujeres. Yo fui testigo de la masacre. Después de esto no podíamos regresar a nuestros pueblos.

Nos dimos cuenta que teníamos que organizarnos. Había muerto mucha gente, no quedaba comida, no teníamos ropa. Entonces fue cuando comenzamos a organizarnos. Nos unimos muchas comunidades alrededor de mi área y de otras partes de El Quiché, miles de personas de todas las comunidades que los soldados habían quemado.

Una vez organizados, algunos decidimos ir al Mercado de Chiché para conseguir y comprar cosas que necesitábamos. Pero cuando llegamos, la gente del lugar nos cerró sus puertas, nos llamaron mala gente y nos preguntaban por qué habíamos bajado de las montañas. Ellos decían que nosotros éramos demonios y no nos recibían.

Dos años más tarde pude regresar a mi propia casa. Todos habíamos huido, pero poco a poco pudimos regresar a nuestro pueblo. Nosotros enviábamos una o dos personas de las que habían huido para ver cómo estaba la situación allá y ellos sigilosamente tomaban algo de comida y regresaban a las montañas. Finalmente regresé a mi pueblo en 1983.

Pero todavía teníamos hambre. Decidí tratar de pasar a través de varios barrancos y llegar al mercado en Chichicastenango para poder comprar comida para mis hijos. Siempre teníamos que encontrar formas secretas para llegar al mercado, porque si caminábamos en las calles regulares nos podíamos topar con grupos de patrulleros. Y cuando ellos nos veían le hablaban a una máquina, no sé el nombre de esa máquina, llamaban a los soldados y ellos venían enseguida y comenzaban a dispararnos. Yo fui seis veces al mercado. Cada vez que fui encontré a patrulleros y soldados quienes me agarraban de los brazos, agarraban mi huipil y me llamaban burro, maltratándome de esta forma. Me cuestionaban, que de qué pueblo era, qué estaba haciendo ahí. Me preguntaban por qué estaba comprando tanta comida, si era para los compañeros [guerrilla] y ellos amenazaban con matarme, aún cuando yo les decía que estaba comprando comida para mis hijos.

La sexta vez que fui, unos soldados me atraparon en uno de los barrancos y me violaron. Yo estaba regresando del mercado, con la comida atada a mi espalda y con un niño en mi pecho cuando un grupo de soldados me encontró caminando y dijeron, ah, usted siempre pasa por aquí, ¿le está llevando comida a la guerrilla? Yo me asusté y no dije nada, ellos se enojaron. Tomaron la comida y la tiraron al piso. Agarraron a mi niño y me amenazaron con tirarlo al río, pero yo les supliqué que no lo hirieran. Entonces lo tiraron al piso, me empujaron, y un soldado me sujetó los brazos mientras otros dos me violaban. El tercero no me hizo nada porque me vio prácticamente muerta, entonces se fueron. Tomé a mi niño y corrí, dejando la comida tirada.

Fui a la casa y le conté a mi esposo lo que había pasado y él dijo que yo tenía la culpa por haber salido de la casa en vez de estar con los niños. Le dije ¿cómo podía quedarme aquí mientras mis hijos morían de hambre? Me dijo que solamente porque estábamos viviendo en esa situación tan difícil, me perdonaba, de otra manera él me hubiera degollado por haber buscado la ocasión para ser violada. Yo le contesté que por qué no dejaba de ser cobarde e iba él mismo a buscar la comida para nuestros niños. Después volví a salir y encontré una forma de llegar a Chichi cruzando varios ríos.

* * *

El Dr. Charles Hale dio el segundo testimonio del día, presentándose como un testigo experto para hablar de la relación entre etnicidad y violencia de estado durante el conflicto guatemalteco. Hales es profesor de antropología de la Universidad de Texas en Austin, donde ha dado clases desde 1996. Ha dirigido extensas investigaciones de campo en Latinoamérica, primero en Bolivia (1978-80), luego en Nicaragua (1981-90), y por último en Guatemala (1996-2004). Es el autor de numerosos libros y artículos sobre políticas de identidad, racismo, neoliberalismo y resistencia entre los indígenas de Latinoamérica, incluyendo Ambivalencia Racial y Pluriculturalismo Neoliberal en Guatemala (SAR, 2006).

El propósito de mi testimonio es dar mi opinión profesional sobre una serie de temas concernientes a las relaciones inter-étnicas en Guatemala. Mis investigaciones de campo en el departamento de Chimaltenango se enfocaron en la población ladina y sus percepciones de la población maya en el contexto del levantamiento maya que exigía derechos, autoridad y fin al racismo. Entrevisté a 100 ladinos, desde gente de clase baja hasta gente con poder, incluyendo actores políticos y en muy pocos casos oficiales de alto rango del ejército guatemalteco. También hice una extensa investigación sobre la historia de Chimaltenango antes y durante el periodo del conflicto armado.

La investigación encontró una historia de profunda inequidad entre la comunidad maya y los ladinos, o euro-guatemaltecos, quienes han monopolizado el poder político y económico por tanto tiempo. En el contexto del conflicto armado esta inequidad está expresada a través de la violencia del estado que tiene ciertas características

generalizadas, pero que posee algunas características muy específicas cuando se confronta con lo indígena.

Comencemos en el entendido que un “grupo étnico” es un grupo de individuos con características sociales y culturales en común, que promulga y reconoce las fronteras que definen al grupo. En el caso de Guatemala, los grupos étnicos indígenas tienen características sociales comunes que tienen que ver con el lugar de nacimiento, lengua madre, prácticas culturales, valores cosmológicos o espirituales- y también fronteras designadas entre ellos como indígenas y el resto de la sociedad como no indígenas. Estas fronteras han sido percibidas y fortalecidas por grupos dominantes en Guatemala para relegar a los indígenas como culturalmente diferentes e inferiores y para reforzar la inequidad.

Si vemos la historia de Guatemala durante el periodo colonial, los regímenes claramente diferenciaron a los indígenas imponiendo condiciones de inferioridad de manera informal y legal. Los ladinos dominantes usaban el término “República de los Indios” para diferenciar al espacio indígena. Una vez que el país se convirtió en república, todos los guatemaltecos fueron considerados ciudadanos. Pero las condiciones políticas y sociales de los indígenas continuaron siendo limitadas fuertemente. Había leyes que obligaban a los indígenas a trabajar en fincas [plantaciones] con el objeto de evitar ser considerados criminales o vagabundos. Su acceso a la educación era severamente limitado. Su participación política era inconcebible, aún a nivel local. Estas condiciones reflejaron el profundo racismo que imperaba en el sector ladino. El grupo indígena era considerado inferior en un sentido cultural y también biológico. La única manera real para que un miembro de la comunidad indígena pudiera avanzar era cambiar su identidad y abandonar completamente a su comunidad y a sus costumbres.

Estas condiciones empezaron a cambiar durante la década de la reforma económica (1944-54), aunque todavía existían ciertos límites. Pero con el golpe de 1954, hubo una regresión al status quo, y cuando el conflicto comenzó, los indígenas vivían en condiciones muy similares a las del pasado.

Los mayas son pan-étnicos. Vienen de diferentes regiones de Guatemala y México, y están compuestos por diversos grupos que hablan numerosas lenguas. Pero desde el punto de vista de los ladinos, ellos representan un grupo homogéneo, imposible de diferenciar, que tiene una perspectiva “india”. En esencia, los ladinos consideran a la cultura maya como tradicional y estática, que no cambia con el tiempo, una cultura inferior que no tiene la capacidad de adaptarse a la modernidad; una cultura orgánica incapaz de pensar, cuyos miembros siguen ciegamente sus preceptos tradicionales.

Así que si aplicamos estas generalidades a los hechos del conflicto, podemos ver que la primera fase de las masacres y sus características surgen de la consideración que los indígenas son una masa de grupos que no pueden diferenciarse. Si algunos individuos son culpables por asociación con la guerrilla, luego entonces todo el grupo debe ser culpable. También es importante notar la configuración espacial del campo guatemalteco. Los condados están divididos en cabeceras de distrito, que es donde viven

los ladinos, y en los pueblos de la periferia que son abrumadoramente indígenas. Entonces, cuando los militares atacaban estos pueblos, estaban bastante seguros que todos los habitantes eran indígenas. Y ciertamente vemos un patrón de represión selectiva en las cabeceras de distrito, pero represión indiscriminada en las poblaciones de la periferia.

En la segunda fase, cuando se aprobó la amnistía y se construyeron pueblos modelo, la política del estado ya no era destruir sino cambiar la cultura – domesticarla, subyugarla a la autoridad nacional. La idea era controlar a los indígenas en vez de eliminarlos.

En Chimaltenango hay patrones notables de respuesta del estado ante cualquier señal de organización colectiva y deseo de cambio social.

A mediados de los 70, hubo un número de nuevas organizaciones que comenzaron a probar y a modificar las condiciones locales en Chimaltenango mejorando los derechos de los indígenas. Poco a poco las 16 municipalidades de Chimaltenango empezaron a elegir alcaldes indígenas. La respuesta del estado nuevamente fue violencia, ya que los alcaldes fueron asesinados por escuadrones de la muerte u otros grupos dirigidos por el estado. En este contexto, creció el anhelo de encontrar otro camino hacia el cambio, había simpatía para la guerrilla, pero también una gran movilización social.

Cuando la insurgencia se hizo más fuerte en el año 1981, en Chimaltenango no había una gran presencia de la guerrilla. Efectivamente el patrón de las masacres en el departamento – hay 63 masacres documentadas – mostraba que la mayoría se habían llevado a cabo después de que la guerrilla se había retirado. Entonces hubo una lógica distinta de represión aplicada a lo indígena que no necesariamente coincidía con la lógica contrainsurgente general.

Uno de los hallazgos más impresionantes en mi investigación tiene que ver con la forma en la cual los ladinos perciben a los indígenas. En la mentalidad ladina, la mayoría de las comunidades indígenas representa una amenaza. Siempre está presente el miedo de castigo de los indígenas hacia los ladinos: un día, todos ellos se sublevarán colectivamente y matarán a nuestros hombres y violarán a nuestras mujeres. Causarán un daño masivo. Es lo contrario a lo que real e históricamente ha venido sucediendo. Tenemos un caso notable en Chimaltenango en 1944, cuando un grupo de indígenas tomó el control de la cabecera de su distrito y murieron 14 ladinos. El ejército envió una respuesta masiva para calmar la rebelión y entonces, con el fin de darles una lección, no solamente a ellos sino a las comunidades indígenas en general, masacraron a cientos de indígenas; las cifras sugieren que murieron entre 300 y 500 personas. La represalia fue una demostración del poder del estado y comparte rasgos similares en la negativa de las élites ladinas a diferenciar entre individuos durante las últimas masacres, tratando a todos los indígenas como un grupo homogéneo.

Así que cuando los militares respondían a la amenaza insurgente, respondían también de acuerdo a este racismo histórico, con la idea que los indígenas tradicionalmente actúan como grupo y podrían en cualquier momento sublevarse contra los ladinos. La

contrainsurgencia fue un matrimonio entre la respuesta contra la guerrilla y la profunda percepción de la amenaza indígena. Ésta interpretación ayuda a explicar la lógica de la violencia, que fue mucho mayor a la necesaria. Fue un nivel de violencia que tenía la clara intención de destruir físicamente o infligir un dolor atroz a los miembros de comunidades indígenas específicas, o grupos de comunidades sin distinción alguna. Esta destrucción parcial tuvo un efecto demostrativo en el resto de la población maya.

DÍA TRES

*El antropólogo, autor y sacerdote jesuita guatemalteco **Ricardo Falla** presentó el primer testimonio ante el juez Pedraz el miércoles 28 de mayo, en el cual describió las campañas genocidas del ejército guatemalteco en Ixcán a principios de los años 80 y las comunidades de resistencia popular (CRP) creadas en respuesta por los sobrevivientes. El testimonio de Falla está basado en años de entrevistas con sobrevivientes de las masacres viviendo en las CRPs y en campamentos para refugiados en México a lo largo de la frontera con Guatemala. Sus investigaciones y análisis han sido publicados en varios artículos y libros, incluido Masacres en la Selva: Ixcán, Guatemala, 1975-1982. Él empezó su testimonio contando cómo se enteró de la masacre de San Francisco en 1982. El 17 de julio de 1982, soldados entraron a la aldea de San Francisco Nentón en Huehuetenango. Ellos convocaron a todos los pobladores a una reunión y luego encerraron a los hombres y a las mujeres en dos edificios. Al final del día, habían matado más de 300 personas. Un sobreviviente le contó la historia a Falla en un campamento de refugiados en México.*

La primera masacre que yo documenté fue la masacre en la Finca San Francisco. Me reuní con el testigo principal en el campamento La Gloria en México, en la frontera con Guatemala, a principios de septiembre de 1982— dos meses después de la masacre. Nos contó lo que había sucedido y grabé su testimonio. También grabamos el testimonio de monseñor Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal de las Casas, quien describió la llegada de los guatemaltecos a México luego de haber huido de la masacre. Estaban en pleno pánico, cargando sus hijos, sus bultos, sus gallinas y todo lo demás que pudieron sacar de Guatemala.

El testigo me contó cómo el ejército llegó a la aldea el sábado 17 de julio de 1982. Llegaron en helicópteros, entonces el testigo supo que no eran guerrilleros. Los hombres estaban trabajando en el campo y las mujeres estaban en sus casas. Había cientos de soldados. Reunieron a los hombres y los llevaron al juzgado donde los encerraron. Las mujeres y los niños fueron encerrados dentro de una iglesia. Los hombres podían oír el traqueteo de las ametralladoras y los gritos de las mujeres. Estaban violando a las mujeres. (Yo le pregunte, “¿Cómo sabía?” Me dijo que era porque él y los otros sobrevivientes volvieron después para ver y encontraron los cuerpos de las mujeres con las faldas alzadas.) Los soldados llevaron a los niños y estrellaron sus cabezas contra el piso.

Luego los soldados descansaron. La masacre fue mucho trabajo. Los soldados cerraron la puerta y charlaron, tocaron guitarra. Luego matarían a todos los que estaban adentro. El testigo escapó por una ventana mientras los soldados descansaban.

La aldea fue arrasada. Nunca fue reconstruida. Me di cuenta de que este testimonio era invaluable – y que era una responsabilidad. Quería entender *¿Cómo* ocurrió esto? *¿Cómo* llegó a suceder esto?

En 1983, fui a la selva del Ixcán para hablar con la gente que estaba huyendo de las masacres. Me quedé con un grupo de personas y me trasladé con ellos mientras se escondían. Hablamos mucho – llené 5 cuadernos con las entrevistas. Poco a poco, cada entrevista me dio más información hasta que fui capaz de crear un mapa de cómo ocurrieron las masacres. Fue un trabajo difícil; estábamos en la montaña, y había soldados, guerrilleros, había una guerra llevándose a cabo. Después fui al campamento de refugiados que quedaba cerca, tal vez a tres o cuatro horas caminando desde donde estábamos escondidos. Estar en el campamento era como estar en un hotel Hilton. Había leche, queso. Uno no tenía que preocuparse por ser perseguido por el ejército. Tuve la oportunidad de tomar muchas declaraciones. Y la gente hablaba y hablaba. Me contaron lo que habían sufrido. Me contaron sus vidas.

Nunca dejé de ser un sacerdote. Y la gente se alegraba de poder contarme sus historias.

En el mapa que hice, documenté lo que había pasado entre Río Ixcán y Río Xalbal – esas fueron las masacres mejor documentadas porque había más gente ahí. Pero también me enteré de masacres en Santa María Tzeja y otros sitios. Entrevisté a sobrevivientes de la masacre de Cuatro Pueblos, la cual ocurrió en dos lugares distintos. Después los soldados fueron a Los Ángeles. Ahí no masacraron. *¿Por qué?* Pienso que ese fue el día que Ríos Montt asumió el poder gracias a un golpe de estado. Entonces, no masacraron porque no había autoridad superior para dar órdenes. Luego ocurrió la masacre de Xalbal. En junio llegó la amnistía y no hubo masacres. Sólo hubo una masacre entonces y fue cometida por la guerrilla, una de las pocas masacres cometidas por ellos.

Todas estas masacres formaron parte de un plan y seguían el mismo patrón: los soldados rodeaban un pueblo, dividían a los hombres y a las mujeres, violaban a las mujeres, mataban a las mujeres y a los niños y luego a los hombres, y quemaban el pueblo. Un testigo me contó cómo los oficiales tenían que animar a los soldados a seguir trabajando, diciéndoles que ellos estaban luchando contra el comunismo. Pensaban que estos pueblos estaban apoyando a la guerrilla y por lo tanto había que destruir “hasta la última semilla.” Según algunas notas periodísticas de la época, el ejército tenía en su sede un mapa con banderitas rojas marcando las aldeas. Tenían un plan de destruir a los habitantes porque creían que estaban detrás de la guerrilla. Por supuesto, la mayoría de los pobladores no tenían nada que ver con los guerrilleros.

No soy un testigo ocular de las masacres, pero sí soy testigo de la persecución que los soldados llevaron a cabo en contra de la gente: de la gente que se resistía. Al principio no conocíamos ni usábamos esta palabra, “resistir.” Estábamos sobreviviendo. Estábamos en

grupos pequeños de 7 u 8 familias, tal vez 50 personas. Y un grupo de soldados nos sorprendía en la montaña. ¿Qué podíamos hacer? Huíamos: corríamos, corríamos por los arroyos para no dejar huellas. Ya habríamos acordado un lugar para reunirnos después. Entonces nos esparciríamos, corriendo y luego nos encontraríamos en el lugar.

Y Dios, si que llovía – tremenda lluvia. En algún punto hubo 450 personas escondidas en pequeños grupos allá arriba. Esto debido a que había comida en ese momento – era difícil de encontrar, pero allí estaba. A veces uno tenía que pasar uno o dos días sin comer, pero después podías comer porque había cosechas escondidas y otras fuentes de comida que podíamos hurgar.

Luego fui a México. Me encerré en un cuarto y escribí por dos años. Escribí – y lloré. ¿Usted sabe cuando hay algo fresco y uno está motivado? Escribí todo lo que pude – 1,400 páginas. Eran dos volúmenes, demasiado.

En 1984, México se llevó a todos los que estaban en los campamentos en la frontera y los dispersó en Campeche y Quintana Roo. Muchos se negaron a ir a los nuevos campamentos y a establecerse lejos de la frontera, por eso algunos decidieron volver y resistir. Se unieron a la gente organizada en la montaña. Siempre hablamos de la gente como víctimas, pero no de las cosas increíbles que hicieron para resistir y sobrevivir. La gente estaba mucho más organizada para entonces. Podían quedarse en un lugar casi tres meses sin tener que moverse. El ejército los estaba bombardeando con grandes bombas que dejaban cráteres inmensos. Pero las bombas realmente no mataron tanta gente. La gente simplemente se escondía de las bombas. Entonces eran víctimas, pero en resistencia – una resistencia que empezó con las masacres.

* * *

*La segunda testigo fue **María T.** ahora de 67 años, María nació en El Caserío Tunajá, una comunidad entre Chiché y Joyabaj, municipio de Zacualpa. Habló con el juez Pedraz en quiché a través de un intérprete.*

En diciembre de 1983, soldados y patrullas de autodefensa civil (PACs) llegaron a nuestro pueblo. Yo estaba dentro de nuestra casa. El ejército fue de casa en casa buscando gente. Se llevaron a cuatro mujeres y encontraron a mi marido trabajando en el campo y se lo llevaron también, a la base militar en Joyabaj. Dos de las mujeres capturadas eran vecinas mías; cuando volvieron de la base me contaron que vieron a mi marido atado y gravemente golpeado. Sus manos estaban hinchadas por estar amarradas tan fuertemente.

Cuando los soldados se llevaron a mi marido, él protestó y dijo que había servido en las patrullas y mis hijos y yo corrimos a defenderlo, pero nos golpearon y se lo llevaron de todos modos. Estuvo en la base ocho días. Luego lo llevaron a Zacualpa y ahí fui a buscarlo. Lo encontré atado en la parte trasera de una camioneta militar encima de un montón de madera y le rogué al teniente de ahí que lo soltara pero él dijo que no. Volví a

casa donde estaban mis hijos sintiéndome muy triste. Luego otra persona que había estado en cautiverio con mi marido fue liberado y vino a decirme que lo habían matado.

Después, las patrullas y los soldados seguían viniendo a nuestra casa cada pocos días, y tenía que esconderme durante el día de ellos. Ellos venían al pueblo disparándole a la gente y diciéndoles que tenían que entregar a la gente mala o si no iban a matar a todos. Registraban todas las casas del pueblo. Primero eran de la patrulla de Joyabaj, luego de Zacualpa. Me dijeron que mi hijo tenía que unirse a las patrullas, que había órdenes del teniente, pero mis hijos se habían ido a trabajar en la costa sur. El primer jefe de las PACs no era tan terrible. Dijo que todos tenían que ser parte de las patrullas para poder proteger a sus comunidades. Pero el segundo amenazó con matar a toda la familia.

En ese momento nadie podía dejar el sitio donde vivía sin el permiso de los patrulleros. Una amiga mía trató de salir para ir al pueblo – fue a donde las patrullas a pedir permiso – pero le negaron el permiso y le dijeron que regresara a su casa.

Una noche un grupo grande de soldados llegó a las 11 de la noche a mi casa y golpearon a mi puerta preguntándome si yo era una persona buena o una persona mala. Les pregunté a través de la puerta “¿Qué quieren?” y me dijeron “Si no abre la puerta la vamos a romper.” Entonces abrí y entraron a la casa. Registraron todo, cuántos muebles tenía, quién estaba viviendo ahí y se robaron toda mi comida. Me preguntaron si había habido gente rara pasando por allí y les dije que no. No encontraron nada sospechoso en la casa, así que se fueron.

Cuando regresaron me mostraron fotos diciendo “ésta es gente mala,” pero les dije que yo no los conocía. Amenazaron con llevarme a la base ya que no estaba hablando. Me estaban amenazando y una de mis hijas, quien tenía 8 años, le preguntó a los soldados por qué estaban molestando a su mamá. Les dijo que buscaran guerrilleros en la montaña porque en las casas sólo había gente buena. Tuvieron que usar un intérprete para entender a mi hija porque ellos no hablaban quiché.

Los soldados rodearon la casa de mi vecina y le dijeron que les entregara a su marido. Ella dijo que él no estaba. “¿Por qué tiene a sus hijos adentro si no hay marido?” Ella dijo que él estaba fuera trabajando. “Si no lo entrega, nos vamos a llevar a su niño de 5 años.” El comisionado militar le preguntó a mi vecina, “¿tiene usted pensamientos buenos o malos?” Y ella dijo, “Yo no pienso nada malo”. Pero se la llevaron. Yo podía escucharla gritar mientras se la llevaban.

DÍA CUATRO

*El jueves 29 de mayo, **Domingo L.** dio su testimonio. Domingo nació en el Cantón Xecnub, en el municipio de Joyabaj, departamento de Quiché. Creció con siete hermanos aprendiendo a trabajar en el campo con su padre y sus hermanos. Las masacres llegaron a su aldea en 1981; durante dos años su familia huyó de comunidad en comunidad tratando de escapar de la violencia. Domingo perdió a sus padres y a cinco de sus*

hermanos como resultado del conflicto. Luego se volvió miembro y organizador del Comité de Unidad Campesina (CUC).

Vivíamos cerca de Joyabaj en El Quiché. Antes, teníamos una vida mejor –era una vida difícil porque teníamos que trabajar en la costa cada año cosechando café, pero todo era tranquilo. En agosto de 1981 empezaron los problemas. Durante una fiesta, 5 ó 6 personas fueron secuestradas y encontradas muertas después. No sabíamos por qué. Pero allí es donde todo comenzó.

El 24 de diciembre el ejército llegó a Xecnub y empezó a matar gente. Mi madre y padre vivían en ese sitio – éramos ocho. El ejército nos estaba matando. Nos juntamos y huimos a la montaña. Bajamos a tratar de recoger nuestras cosas pero encontramos todo quemado. Todo estaba quemado. Nunca regresamos a vivir en esa casa.

Nos escondimos como refugiados en otro sitio, en Alta Verapaz. Una de mis hermanas vivía allá, recién casada. Pensábamos que en 10 ó 15 días este problema se iba a acabar. Pero no, duró mucho más tiempo. Más y más personas dejaron sus aldeas y se fueron a la montaña. Cuando estábamos allá el ejército atacó a la gente y alrededor de 80 personas fueron asesinadas en la montaña.

La patrulla de defensa civil de Xecnub trabajaba con los soldados. Ellos nos perseguían por donde fuera, cazando a toda la gente de Xecnub para que nadie pudiera trabajar o regresar a casa. Seguimos hacia Churexa para escapar de ellos.

En mayo de 1982 mi padre, y dos hermanos y yo dejamos la aldea para plantar nuestros cultivos. Sembramos nuestro campo durante tres días. Volvimos a nuestra casa y encontramos que el resto de la familia no estaba. Cinco personas de mi familia fueron secuestradas y capturadas: mi madre, tres de mis hermanas y una sobrina. Me enteré después por dos patrulleros que habían sido asesinadas. No sabemos dónde están enterradas; algunas personas dicen que en el cementerio, otras que en el cuartel. Así que sólo quedamos cuatro de nosotros. Nos quedamos solos huyendo de los patrulleros.

En agosto ya no había nada que hacer en esta área. Los patrulleros estaban bien organizados en los dos cantones para buscar y matar a la gente. Entonces, en ese mes, todos los que quedábamos dejamos el área y huimos juntos para encontrar otro lugar donde escondernos, en Zacualpa. Estuvimos ahí durante tres días. Pero los patrulleros y el ejército nos persiguieron y nos atraparon un día por sorpresa. Ellos mataron a alrededor de 60 personas- hombres, mujeres y niños. Yo estaba junto a mi papá y dos hermanos. Pudimos escapar más rápidamente porque éramos hombres, pero las mujeres y los niños pequeños se rezagaron y fueron asesinados. Fuimos después de regreso, a hurtadillas, a cerciorarnos que los soldados se habían ido. Vimos a la gente muerta. Algunos no tenían cabezas, otros se encontraban ahí tirados con sus cuellos cortados.

En abril del 1983, soldados y patrulleros rodearon y atacaron Xolbalchaj a donde habíamos ido a vivir y a escondernos. Ellos se llevaron a todos en esa área y los mataron. Más o menos 45 personas murieron en ese incidente. La mañana antes que ellos vinieron

habíamos escuchado que iba a haber una barrida militar. Mi padre fue a investigar pero yo me quedé trabajando en el campo. Luego vi a alrededor de 100 patrulleros acercándose e inmediatamente me escondí bajo un montón de hojas. Cinco minutos después escuché el sonido de los patrulleros gritando y de pies corriendo. Ellos mataron a mi padre y a uno de mis hermanos, luego a mi otro hermano. Entonces sólo quedamos mi hermana y yo de una familia de nueve.

Antes no había base militar en Joyabaj. Pero cuando empezaron los problemas ellos crearon esta base militar en Joyabaj. En el Cantón Xeabaj había una base para los patrulleros. En cada lugar los patrulleros tenían las bases. Ellos nos amenazaban todo el tiempo. Nos decían “Ustedes son malas personas. Van a morir.”

Nunca supimos a dónde llevaron a mi madre. El cuerpo de mi padre y el de un hermano fueron exhumados en el sitio donde 45 personas murieron y nosotros los volvimos a sepultar.

* * *

Beatriz Manz habló después de Domingo. Manz es una profesora de Geografía y Estudios Étnicos en la Universidad de California Berkeley y ha concentrado sus investigaciones en comunidades mayas de las zonas rurales de Guatemala. En su primer libro, *Refugees of a Hidden War: The Aftermath of Counterinsurgency in Guatemala* (Albany: State University of New York Press, 1988), Manz examinó los abusos cometidos por el ejército en contra de comunidades indígenas rurales, y el resultante desplazamiento masivo forzado que afectó a más de un millón de guatemaltecos. En su libro más reciente, *Paradise in Ashes: A Guatemalan Journey of Terror, Courage and Hope* (Berkeley: University of California Press, 2004), Manz hace un recuento de las experiencias de una aldea ubicada en el corazón de la selva al norte de Guatemala, cerca de la frontera con México.

Estoy aquí para hablar acerca de mi trabajo como antropóloga en Guatemala y en campos de refugiados en México.

La campaña contrainsurgente del ejército causó masacres. De acuerdo a la Iglesia Católica, alrededor de un millón y medio de personas fueron desplazadas forzosamente. El ejército siguió y persiguió a las personas desplazadas, capturándolas o matándolas, destruyendo sus campos de cultivo, sus árboles y sus frutos. La constante persecución creó condiciones insoportables que causaron la muerte de muchas más personas, especialmente niños. La constante vigilancia aérea de los creó también condiciones terribles para ellos. Tenían que cocinar en el medio de la noche. Tenían que usar ropa mojada porque no podían esperar a que ésta se seicara después de la lluvia; tuvieron que matar a sus perros para que no ladraran, y tuvieron que silenciar a sus propios hijos. Cuando ya no pudieron soportar esta situación, cruzaron la frontera con México.

La primera vez que escuché de las masacres fue cuando estuve en los campos de refugiados en México. Había leído algo sobre ellas en la prensa en 1981, pero no fue hasta que me encontré realizando entrevistas en los campos en 1982 que me di cuenta de la inmensidad de estas masacres. En los años 70, el gobierno llevó a cabo una persecución selectiva dirigida a ciertos sectores, tales como activistas católicos, maestros, líderes sindicales. Pero la gente no huyó de las áreas en donde vivían, se quedaron en sus pueblos.

En 1982, lo que los refugiados describieron fue un nivel mucho más alto de persecución. Era algo completamente diferente. Yo llevé a cabo alrededor de 100 entrevistas con ellos. Cuando llegué al campo de refugiados Puerto Rico, la gente estaba saliendo a través de la frontera- en un día entre 600 a 800 cruzaron. Es difícil describir las condiciones en las que estas personas llegaron. Para llegar al campo había que caminar a través de una densa jungla. Su condición física cuando llegaban era muy precaria, algunos no tenían zapatos, llegaban en un estado de desnutrición, enfermos, con frío, etc. Sólo tenían las hierbas de la selva para comer, y muy poca agua. Varias mujeres dieron a luz en la selva.

Ya en 1982 escuchábamos acerca de muchas muertes. Los que partieron fueron aquellos que fueron capaces de escapar de los ataques del ejército. Era muy difícil llegar del Altiplano a México. Venían de toda esa área: de Huehuetenango, Petén, Ixcán. Todos contaban historias similares. El ejército rodeaba una aldea. Si encontraban gente ahí, la mataban y destruían la aldea: quemaban las casas, mataban a los animales y destruían los cultivos. La gente que pudo esconderse huyó para la selva y vivió condiciones horribles, y aquellos que sobrevivieron el desplazamiento huyeron a México.

La gente se escondía profunda, profundamente en la selva, y los patrulleros los perseguían. Dentro de la selva establecían sus pequeñas milpas, chicas y dispersas para que no pudieran ser vistas aéreamente. Cuando los soldados las destruían, la gente perdía toda esperanza.

Algunas veces 6 ó 7 familias se escondían juntas, otras veces grupos grandes de 700 personas. Era mucho más difícil sobrevivir de esa manera. No podían caminar en los mismos senderos juntos. Tenían que desplazarse hacia la frontera al norte abriéndose paso por la densa jungla en el medio de la noche. Durante el día tenían que detenerse y guardar silencio. Si eran un grupo grande era aun más complicado – cientos de personas tratando de caminar a través de la densa jungla.

La meta del ejército era limpiar la región. Los soldados seguían las órdenes de controlar todo y a todos en la zona de Ixcán. El “Plan Victoria 82” estaba enfocado en una victoria total – que significaba control del ejército en la zona – no solamente significaba el control de las guerrillas o la persecución de ciertos activistas. El ejército tomó control de las iglesias, de las escuelas. Nunca antes la Iglesia Católica había tenido que cerrar una diócesis entera, tal y como tuvo que hacerlo en El Quiché. Pero eso no era suficiente. No era suficiente. El ejército tenía que continuar con su campaña para controlar todo y a todos, vivos o muertos.

En México, el gobierno creó a la COMAR (Comisión Mexicana para Refugiados). La agencia de la ONU para ayuda a refugiados, ACNUR, también abrió oficinas en México – era un reconocimiento del desastre de los refugiados de Guatemala. Estas nuevas instituciones ayudaron a manejar la crisis. Sin embargo, las incursiones del ejército guatemalteco a territorio mexicano generaron pánico entre los refugiados en el campo. Las incursiones tenían que haber sido muy pequeñas; los guatemaltecos sabían que estaban violando la soberanía del gobierno mexicano. Recuerdo un incidente en particular, en el cual 7 personas fueron asesinadas por soldados guatemaltecos. Así que ellos eran capaces de infiltrarse y atacar a la gente.

Antes de que todo esto ocurriera, la gente de Ixcán estaba bien organizada por los Maryknolls y la diócesis de El Quiché para asentarse en la zona. Pertenecían a cooperativas, tomaban clases, era una organización democrática la de las aldeas. Cuando las aldeas eran destruidas y la gente desplazada, los pobladores mantuvieron este nivel de organización. Y fue una forma importante de supervivencia. En los campos de refugiados, los líderes de las comunidades iban de casa en casa para asegurarse de que todos tenían un techo bajo las cabezas de su familia, de que sabían en dónde obtener comida, cómo construir un lugar para cocinar, etc. Claro está que las condiciones en el campo eran terribles. Estas personas ya eran campesinos pobres. Ahora tenían que vivir en condiciones atroces, y muchos de ellos fallecieron como resultado.

En 1983 fui a Guatemala para observar lo que estaba sucediendo en el Altiplano. Fui a las aldeas modelo, en donde ahora vivía la población que había sido capturada o entregada al ejército. La forma en la que el ejército se refería a los civiles era convirtiéndolos en prisioneros o criminales. Ellos los “capturaron”, los “detuvieron”, los “interrogaron”, y hablaban de “perdonarlos”. Los torturaban para que la gente tuviera que decir algo, “acusar” a otros. Tenían que entregar a otros, dar nombres; no era posible permanecer callados. El ejército llevaba en camiones a grupos de personas, prisioneros que habían interrogado, lejos de la gran base militar en Playa Grande. Los camiones dejaban la base llenos y regresaban vacíos. Todos los que se quedaban en la base militar permanecían aprehensivos de que pudieran ser puestos en esos camiones y llevados lejos para ser asesinados. Uno no tenía que darle los nombres de los colaboradores de la guerrilla al ejército – ellos ya los conocían. Ellos sabían el hermano de quién estaba involucrado en la guerrilla. Pero igual interrogaban a todos para ver si estaban dispuestos a cooperar con el ejército y acusar a otros. Era una forma de involucrar psicológicamente a la población en una situación muy difícil. Se creaba un sentimiento de culpa terrible entre la gente.

En la primera fase de las operaciones de contrainsurgencia del ejército, ellos mataban a todos. Después las tácticas cambiaron, y mataban a todos aquellos que escapaban, pero los que se quedaban eran reunidos llevados a la base militar. Ahí eran interrogados y eventualmente eran llevados a las aldeas modelo.

La-aldea que mejor conocí, desde 1973, fue Santa María Tzejá, la cual se convirtió en una aldea modelo. Las aldeas modelo representaban un nuevo tipo de organización territorial para que el ejército pudiera controlar mejor a la gente. Los nuevos residentes que habían

sido traídos por el ejército cambiaron a la aldea también. Originalmente, la gente que venía a Ixcán era católica, y en Santa María Tzejá todos eran de El Quiché y hablaban K'iche'. Pero cuando Santa María Tzeja se convirtió en una "aldea modelo" el ejército trajo a evangélicos y a gente de distintos lugares del país. Así que en Sta. María Tzeja, por ejemplo, había 116 familias y ellos hablaban 7 idiomas distintos. La estrategia del ejército era la de mezclar a la gente de tal manera que les fuera imposible unificarse.

En las aldeas el ejército llevaba a cabo programas de re-educación. Después de los horrores que esta gente había presenciado, eran más vulnerables a las presiones psicológicas del ejército. El ejército decía: ¡Esta es la bandera de Guatemala! ¡Tienes que honrarla! ¡Tú has sido manipulado por los extranjeros! De tal manera que la re-educación ideológica era intensa. "Ustedes son gente mala, con malas ideas, pero nosotros los perdonamos".

Algunos grupos internacionales enviaban comida para ser distribuida (supuestamente por civiles) entre la gente. Pero era siempre el ejército el que distribuía la comida y la asistencia médica. Los líderes de la comunidad eran nombrados por el ejército. El número de tortillas que podías tomar, cuánta sal te correspondía; todo era controlado por el ejército. Uno no podía ir y venir cuando le placiera, todos los movimientos eran controlados por el ejército. Si un hombre quería irse y faltar a su servicio de patrulla, le tenía que pagar a un reemplazo. Uno tenía que mostrar su cédula en todos lados. El ejército anotaba todo esto en unos cuadernos escritos a mano. Si uno perdía su cédula, estaba en problemas.

El ejército es muy jerárquico y muy disciplinado. Los oficiales estaban bien entrenados, por lo general en Estados Unidos. La idea que un grupo de soldados de bajo rango llegara a una aldea y cometiera una masacre por decisión propia no era sostenible, no era posible. Ellos siempre tenían listas de sospechosos por nombre cuando llegaban. El nivel de control y organización de la campaña era tal que era claro que había sido diseñado por oficiales superiores.

Las consecuencias de las masacres son de largo plazo: en primer lugar mucha gente fue dejada con traumas psicológicos y problemas sociales profundos. En segundo lugar, el miedo profundo causado por la violencia militar, la devastación y el colapso de la economía han producido fuertes olas de inmigrantes indocumentados sobre la frontera de Estados Unidos. En tercer lugar, el atraso económico en las zonas rurales, que de por sí eran ya bastante pobres, tiene y continuará teniendo consecuencias profundas. Nadie les ha reembolsado a las familias campesinas por las tierras que perdieron, o por sus casas, o animales. Así que si eran pobres para empezar, imagínense su condición ahora. En cuarto lugar, en el pasado los campesinos de Ixcán, por ejemplo, estaban bien organizados en cooperativas. Ahora todos están aislados- cada quien planta su pequeña parcela de cártamo o cualquier otra cosa que coseche y la vende por su cuenta. Por último, Guatemala enfrenta el legado de la violencia brutal, de linchamientos –tanto adultos como niños conocen sólo la violencia. No había ni hay leyes. Hay caos. La gente es muy apática. ¿Por qué deberían hacer algo? Ellos saben las consecuencias. Esta combinación de malestar no es la receta del éxito, para el desarrollo social y

económico. ¿Cómo se puede llegar al progreso social cuando se tiene una sociedad pesimista ante el futuro debido a lo que sufrieron en el pasado, y a que no tienen razón o seguridad alguna de que lo que ocurrió no volverá a suceder?

Nos damos cuenta que los muertos no volverán con nosotros. Desaparecieron y nunca regresarán. No volveré a ver otra vez a mi colega Myrna Mack, quien fue asesinada a manos del ejército por el trabajo que realizaba. Pero el mundo tiene que dar un fallo. ¡Juzgar a los responsables! En el siglo XXI no podemos mantener estos horrores escondidos, no podemos continuar en silencio sobre lo que ocurrió en Guatemala. Al menos a través de este caso, el mundo escuchará, el mundo sabrá, y la sociedad guatemalteca, especialmente los sobrevivientes, sabrán que lo ocurrido fue juzgado como un crimen contra la humanidad. Así esta sociedad dañada se podrá convertir en una sociedad digna de nuevo.

DÍA CINCO

*Un testigo experto testificó ante el juez Pedraz el viernes 30 de mayo, completando así la segunda ronda de audiencias sobre el caso internacional de genocidio en Guatemala. **Marta Elena Casaús Arzú** tiene un doctorado en Ciencias Políticas y Sociología, y es profesora de Historia de las Américas en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Ha sido la investigadora principal en numerosos estudios relacionados al racismo y desarrollo intelectual en América Central. Dentro de sus recientes publicaciones se encuentran: Guatemala: Linaje y Racismo (Guatemala: F&G Editores, 2007); Las Redes Intelectuales Centroamericanas: Un Siglo de Imaginarios Nacionales (1820-1920) (Guatemala: F&G Editores, 2005); y La Metamorfosis del Racismo en Guatemala (Guatemala: Cholsamaj, 2002).*

Mis estudios se han concentrado en el racismo; estudio la naturaleza racista del estado guatemalteco. El racismo es un elemento histórico y estructural de Guatemala. El estado racista fue construido basado en la exclusión de lo indígena. Dentro de esta estructura, los indígenas no eran considerados ciudadanos.

¿Cómo ha evolucionado el racismo? El racismo comenzó al servicio de una sociedad de castas, la cual aceptaba la imagen del indio como un salvaje. Desde el siglo XIX, el estado guatemalteco ha hecho uso de la violencia para controlar a las comunidades indígenas. En lugar de hacer lo que otros estados americanos, tales como México, que celebró el mestizaje e incorporó a este grupo más amplio a la idea de nación, el estado guatemalteco se definió como un estado de blancos. La idea nunca fue la de mezclarse con los indios, sino la de mantenerlos en su lugar. Los blancos eran considerados superiores. En este sentido, los guatemaltecos miraban a Argentina como un ejemplo en los años 20. En la prensa, los editoriales hablaban de inmigración de Argentina y otros países para mejorar la raza guatemalteca.

Nunca hubo una reforma agraria, como sí la hubo en muchos otros países de América Latina, al menos no después de 1954. Sin embargo, durante el breve periodo

democrático de 1944 a 1954, los indígenas consolidaron su posición como campesinos. Se convirtieron en los autores de su propia historia y comenzaron a incorporarse a la vida política del país, lo cual era perturbador para la clase privilegiada. En la imaginación colectiva ladina había un permanente miedo de que si los “indios” obtenían poder, se levantarían y cobrarían venganza contra los blancos. Este miedo persiste hasta el día de hoy.

En los años 70, los indígenas comenzaron a incorporarse al conflicto armado. La respuesta del estado fue la masacre de Panzós en 1978, uno de los primeros signos fuertes del ataque que subsecuente y la deshumanización del indio por parte del ejército.

Dos años después, en 1980, cuando los indios tomaron la embajada española en la Ciudad de Guatemala, ésta fue una invasión del espacio urbano por los campesinos que no “perteneían” a este lugar. La masacre de la embajada española fue un punto de quiebre. Las elites culparon al embajador Máximo Cajal de ponerse del lado de la gente equivocada fue considerado un traidor a su raza. Era la única manera en la que podían explicar lo que pasó sin entrar en conflicto con su imagen del mundo. Y cuando el gobierno perdió prestigio internacional por la masacre, ya no tenía nada que perder si comenzaba a matar indiscriminadamente.

El estado y las élites de poder percibieron una amenaza de lo indígena, y la sociedad aceptó que era el momento adecuado para actuar contra ellos. El miedo a la rebelión y el deseo de exterminar a los “indios” se unió a un momento histórico-político que acabaría en etnocidio. Las élites creían que no había otra manera de enfrentar el conflicto más que la violencia sistemática y el genocidio, y las actitudes racistas de los altos mandos del ejército contribuyeron a la ejecución de los actos genocidas.

Quise analizar más de cerca esta cuestión del racismo dentro de la cultura dominante. Me entrevisté con 110 guatemaltecos de la élite, muchos de los cuales se habían graduado de las universidades más importantes de los Estados Unidos, para entender sus actitudes en cuanto a cuestiones de raza. Una de las preguntas que hice fue “¿cuál es la solución que usted propondría para integrar mejor a las comunidades indígenas en la vida nacional?” La respuesta de un hombre de negocios de 49 años fue típica que la de otros entrevistados. Dijo, “la única solución para esa gente sería una dictadura dura, un Mussolini o un Hitler que los pudiera forzar a educarse y trabajar. Ya sea eso o simplemente aniquilarlos completamente”.

Ese es el tipo de pensamiento que lleva al genocidio.

Cuando el gobierno de Ríos Montt tomó el poder en 1982, muchos miembros de las élites que compartían este pensamiento se volvieron parte del gobierno y fueron sus principales partidarios. Juntos a esta actitud existía una variante del pensamiento pentecostal que argumentaba que los indios que no aceptaran la visión pentecostal estaban condenados y no tenían alma. De esta manera era fácil deshumanizarlos.

¿Por qué aún cuando la amenaza de la guerrilla había desaparecido el gobierno continuó masacrando a la población indígena? Porque la élite política y militar quería darles una lección, para asegurarse de que nunca se les ocurriera siquiera pensar en levantarse de nuevo.

Si vemos a Guatemala hoy, encontramos que no mucho ha cambiado, en el sentido de que las condiciones económicas y el racismo subyacente son muy similares a lo que eran durante el conflicto. La estructura del estado racista continúa intacta y no ha habido un cambio legislativo real, ni un cambio en el sistema de justicia, ni un cambio en la estructura económica. El estado racista continúa funcionando con la misma lógica de exclusión, discriminación y exterminio, y la violencia generalizada continúa siendo uno de los principales males del país.

Y si todo esto es cierto, entonces ¿por qué no deberíamos considerar seriamente la posibilidad del resurgimiento del genocidio en Guatemala

-FIN-

Juicio de Genocidio en Guatemala

Resumen de Kate Doyle

DÍA UNO

*El lunes 26 de mayo empezaron las audiencias con el testimonio de **Jacinta G.** quien se presentó frente al juez a través de un intérprete. Jacinta describió los efectos de las masacres del ejército que se extendieron a través de El Quiché durante 1981 y 1982, y que forzaron a miles de mayas residentes en El Quiché a huir de sus casas y esconderse en las colinas y bosques que rodean sus comunidades. Jacinta, casada a los 14 años tenía 8 hijos cuando el conflicto comenzó, cuatro de ellos murieron a causa de la violencia.*

Yo vivía en la comunidad del Carrizal de la municipalidad de Chiché, Quiché. A comienzos de 1982, oímos rumores que el ejército mataba gente, pero no sabíamos nada al respecto. Y entonces una noche llegaron los soldados a mi casa. Llegaron derecho a mi cuarto y me agarraron, me dijeron que buscaban a mi marido y me preguntaron por su paradero. Después entraron a su cuarto y mi esposo trató de escapar por el techo de nuestra casa pero ellos lo atraparon. Lo bajaron del techo y le ordenaron vestirse, luego lo mataron en el patio de nuestra casa. Ellos lo golpearon con sus armas, fracturando su cráneo y luego le dispararon.

Todos nuestros hijos estaban presentes. Los soldados nos forzaron a ir al patio y nos dijeron que nos quedáramos ahí mientras ellos registraban otras casas en el pueblo. Dijeron que si no encontraban a la gente en sus casas regresarían para matarnos. Después de que se fueron, mis hijos y yo escapamos. Nos fuimos hacia el bosque, nos escondimos y regresamos al día siguiente. Encontramos a mi esposo tirado, muerto en el patio, negro con la sangre encharcada en su cuerpo por la paliza.

Regresamos a nuestra casa porque nuestra comida estaba ahí. Pero las masacres continuaron en los pueblos de nuestro alrededor, así es que decidimos irnos. Primero fuimos al pueblo de Laguna Seca. Luego, en Laguna Seca los soldados mataron a todos, entonces huimos a Choyomché. Huí con todos mis hijos desde los más pequeños hasta los más grandes, pero dejamos allí nuestra comida y no teníamos nada. Fuimos de pueblo en pueblo. Cada vez que llegábamos a un sitio los soldados eventualmente llegaban a matar a todos, entonces teníamos que huir nuevamente.

[¿Cómo sobrevivieron?] Cuando llegábamos a un pueblo, si todavía había gente allí ellos nos daban una taza de atole, pero si no quedaba nadie, pasábamos hambre. Así es como algunos de mis hijos murieron. A uno lo mataron los soldados, le dispararon con su pistola; otros tres murieron de hambre y miedo. Finalmente salí de El Quiché para la costa sur para tratar de ganar algo de dinero recogiendo café en las plantaciones de allá. Yo necesitaba ir allá para alimentar a mis hijos. Ahí conocí a mi segundo marido.

Regresamos dos años y medio después a vivir en Chupoj, de donde él era. Para ese entonces el conflicto había terminado.

Cuando nos mudamos a Chupoj, había rumores que los soldados estaban secuestrando niños para forzarlos a ingresar al ejército. Decidí unirme a otra gente que ya había comenzado a trabajar unida para defender a sus hijos, y así es como pasé a formar parte de CONAVIGUA.

[¿De qué base venían los soldados que mataron a su esposo?] Ellos venían de la base en Quiché. Lo sé porque cada vez que iba veía la base y a los soldados reunidos y vestidos de la misma manera que aquellos que llegaron a mi casa. [¿Los soldados que llegaron a su casa estaban acompañados por las PACs?] No, eran sólo soldados. Cuando el conflicto comenzó y huimos de nuestro pueblo, aún no había paramilitares involucrados, era solamente el ejército. [¿Cuando usted huyó, había bombardeos en la montaña?] No había bombardeos. Pero la razón por la que continuamos huyendo era porque los soldados estaban matando cerca de nosotros- llegaban por detrás nuestro y mataban.

* * *

Feliciana M., una mujer quiché de Chupoj, vive hoy en la Ciudad de Guatemala con sus tres hijos. Ella le contó al juez Pedraz sobre la desintegración de su comunidad debido a los ataques del ejército que desplazaron su familia permanentemente de su casa y de su tierra.

A finales de 1981, cuando yo tenía como 13 años, estaba viviendo con mi familia. Vivíamos en armonía y todo estaba bien. Entonces llegaron los militares a diferentes comunidades de nuestro alrededor. Empezamos a oír rumores de que en las comunidades cercanas habían habido asesinatos, incendios de casas y cosechas. Pero la violencia no había llegado a donde estábamos nosotros.

Después, en una ocasión yo estaba con mi familia en el mercado comprando cosas. De repente unas personas con uniforme militar llegaron a donde uno de los vendedores y lo mataron justo en frente de mí. Ese fue el primer sobresalto que yo experimenté, porque nunca antes había visto eso. Me impactó de sobremanera y me dejó muy asustada. Desde ese momento tuve problemas para dormir. Cuando quería dormir empezaba a pensar en cómo dejaron a ese hombre tendido en el piso, cómo brotaba la sangre de su cabeza como un río y eso me pegó muy duro. Me tomó mucho tiempo recuperarme de eso.

Pasó el tiempo. Nuestra comunidad era todavía muy pacífica. Entonces una tarde los militares llegaron a mi casa. No recuerdo la fecha. Llegaron y rodearon la casa. Estaban allí mis tres hermanos, mi papá, mi mamá y dos sobrinos que estaban viviendo con nosotros. Ellos se llevaron a mi papá y a mis hermanos afuera de la casa y les amarraron las manos y los pies, luego los tiraron al piso y empezaron a acusarlos de ser de la guerrilla. Mis hermanos habían construido una casa con bloques de cemento; era la primera casa de cemento construida en nuestro pueblo. Entonces los soldados dijeron que ¿cómo era posible que en esta comunidad hubiera una casa de cemento? ¡Debe ser

una casa de la guerrilla, por eso está hecha de ese material! Y empezaron a buscar en toda la casa. Sacaron nuestras pertenencias y nuestra ropa fuera de la casa y las destruyeron.

Mi mamá, mis primos y yo nos escondimos en otra pequeña edificación hecha de tallos de maíz. Yo miraba todo, me sentía asustada y pensé que iban a matar a mis hermanos y a mi papá. Poco después llegó otro grupo de soldados que traían a tres hombres consigo. Ataron a los hombres de la misma manera y los arrastraron como si fueran animales, tirándolos de la soga. Y dijeron que iban a buscar armas en las casas y que si encontraban alguna nos matarían a todos.

Como no había nada en nuestra casa, excepto nuestras cosas que ellos ya habían destruido, ellos se fueron llevándose con ellos a uno de mis hermanos. Ellos lo secuestraron. Más tarde, nos dijo que lo habían obligado a buscar comida en las casas de nuestros vecinos. Le dijeron que si encontraba comida, él estaría bien, pero si no, lo matarían. Se lo llevaron a todas las casas aquella tarde y no terminaron sino hasta las 10 de la noche. A esa hora él regresó a casa. Nos dijo que después de haber reunido toda la comida de los vecinos, lo habían llevado a nuestra escuela donde había muchos soldados reunidos. La comida era para ellos.

En ese punto comenzó nuestro temor, aunque en esa ocasión no nos habían matado. Pero el temor comenzó allí, ya no hubo más tranquilidad, estábamos asustados. Mis hermanos no podían trabajar en paz, siempre estaban atemorizados. Siempre estábamos mirando alrededor de la casa para ver si los soldados venían de nuevo.

Pasó más tiempo y los soldados llegaban constantemente a nuestra comunidad – no sólo a la nuestra sino también a las comunidades de los alrededores. Esta vez ellos no mataban a una o dos personas a la vez. Ellos empezaron las masacres. Atacaron Chupoj varias veces, pero la cuarta vez empezaron a dispararle a todo el mundo. Había tantos disparos que se escuchaban como cohetes de navidad.

Nunca supimos por qué nos estaban matando, si es que había una razón, o si la comunidad había cometido algún crimen. Nunca nos dijeron nada. Lo único que sabíamos era que los soldados llegarían y empezarían a matar a todos los que vieran. Esto continuó por mucho tiempo. Ellos seguían llegando y nos perseguían, a veces durante semanas. Recuerdo en particular dos ocasiones diferentes en las que nos persiguieron durante más de una semana, de montaña en montaña, de pueblo en pueblo. Caminábamos durante la noche y no podíamos parar porque aún nos perseguían. Nos perseguían hasta que se cansaban y se rendían luego regresábamos a nuestro pueblo muriendo de hambre y de enfermedades.

Cuando escapábamos a las montañas no teníamos comida ni cobijas. Pasamos tiempo bajo el sol ardiente, bajo la lluvia, durante muchas noches. Cualquier cosa que dejábamos en las casas los soldados la robaban.

El 28 de agosto de 1982 fuimos a la Ciudad de Guatemala para escapar de la represión. Fue difícil. En primer lugar no conocíamos la ciudad. En segundo lugar, no teníamos nada de dinero y no sabíamos cómo sobrevivir. Tuvimos que quitarnos nuestros vestidos tradicionales que son parte de nuestra identidad, por miedo a ser acosados. La gente nos hacía preguntas como ¿por qué están aquí?, ¿por qué tuvieron que huir? Aunque no les dijimos lo que había pasado, nos señalaban y decían ¡ah, ahí están los fugitivos! Eso era muy duro para nosotros.

[¿Dónde trabaja ahora?] Ahora soy parte de CONAVIGUA. Es una organización creada como consecuencia del conflicto armado, constituida por viudas y gente joven. El trabajo es en defensa del derecho a la vida, los derechos de los niños y los derechos humanos. Tenemos entre 13,000 y 15,000 miembros, la mayoría de ellos son personas que perdieron familiares durante el conflicto. Estamos tratando de honrar la memoria de nuestras familias, en particular mediante la exhumación de sus cadáveres para que los podamos sepultar con dignidad.

DÍA DOS

María C.G. fue la primer testigo el martes 27 de mayo. Ella nació en Choyomché, la mayor de seis hermanos, se casó a la edad de 15 años con Gaspar C., y tuvieron 10 hijos. Habló a través de un intérprete, describiendo las redadas en El Quiché y la llegada de las PACs.

Primero que nada quisiera agradecerles por permitirnos venir aquí y por escucharnos. Hoy, en Guatemala donde vivo, hay todavía tantos problemas y significa tanto poder venir acá y dar un testimonio en España. Ustedes nos han dado una bienvenida amable, la que contrasta con la forma en la que fuimos tratados en Guatemala.

Durante el conflicto armado, mi comunidad en Laguna Seca y todas las comunidades cercanas, fueron constantemente asediadas y atacadas por los militares, comenzando en 1981. Tuvimos que dejar nuestra casa y todas nuestras pertenencias y escondernos en las montañas. No teníamos nada que comer, una de mis hijas murió de hambre cuando tenía 2 años. Durante un año estuve escondida en la montaña y a escondidas volvía al pueblo por comida, pero fue difícil porque los soldados seguían detrás de nosotros, y había bombardeos desde aviones y helicópteros.

Después de que los soldados masacraron a nuestros pueblos en 1981 y 1982, el ejército envió patrulleros para controlar a las comunidades. Ellos permanecieron entre nosotros día tras día, acusándonos y hostigándonos. No nos permitían salir a comprar comida. Constantemente nos amenazaban con matar a los hijos varones de nuestro pueblo, diciendo que ellos morirían porque eran malas personas: "semillas del mal" [semillas de la guerrilla]. Mi familia se dispersó. Tuve que enviar lejos a mis hijos porque si los militares los atrapaban, los matarían.

Para buscar alimento teníamos que ir al Mercado de Chiché. Pero una vez que se instalaron los patrulleros no pudimos ir más a Chiché a comprar cosas porque a lo largo

del camino había grupos de patrulleros vigilando los caminos y si lo encontraban a uno viajando le cortaban el cuello. Como no podíamos encontrar comida, empezamos a morirnos de hambre. El hombre que coordinaba las PACs de Chiché, Don Guicho, no nos permitía viajar. Encontramos algo de comida en la montaña como moras silvestres, pero sufrimos mucho porque no teníamos nada que comer. Yo estaba con mis dos niños en la montaña y fue terrible. Pensándolo ahora, me dan ganas de llorar. Ambos se estaban muriendo de hambre. No eran nada más que huesos.

[¿Alguna vez fue capaz de regresar a su casa?] La primera vez que huí de la violencia, corrí hacia varias comunidades en El Quiché, pero a todas partes que íbamos eventualmente llegaban los soldados a matar la gente y a quemar el pueblo. Y cuando los soldados se dieron cuenta que estaban persiguiendo al mismo grupo de pueblo en pueblo, en una ocasión rodearon las comunidades y juntaron a la gente al final de un barranco para que no pudieran correr hacia ningún sitio. Allí los soldados mataron a todos y arrojaron sus cadáveres por el borde del barranco. Muy poca gente sobrevivió, solamente aquéllos que se pudieron esconder detrás de los árboles. Todos los demás murieron – niños, ancianos, hombres y mujeres. Yo fui testigo de la masacre. Después de esto no podíamos regresar a nuestros pueblos.

Nos dimos cuenta que teníamos que organizarnos. Había muerto mucha gente, no quedaba comida, no teníamos ropa. Entonces fue cuando comenzamos a organizarnos. Nos unimos muchas comunidades alrededor de mi área y de otras partes de El Quiché, miles de personas de todas las comunidades que los soldados habían quemado.

Una vez organizados, algunos decidimos ir al Mercado de Chiché para conseguir y comprar cosas que necesitábamos. Pero cuando llegamos, la gente del lugar nos cerró sus puertas, nos llamaron mala gente y nos preguntaban por qué habíamos bajado de las montañas. Ellos decían que nosotros éramos demonios y no nos recibían.

Dos años más tarde pude regresar a mi propia casa. Todos habíamos huido, pero poco a poco pudimos regresar a nuestro pueblo. Nosotros enviábamos una o dos personas de las que habían huido para ver cómo estaba la situación allá y ellos sigilosamente tomaban algo de comida y regresaban a las montañas. Finalmente regresé a mi pueblo en 1983.

Pero todavía teníamos hambre. Decidí tratar de pasar a través de varios barrancos y llegar al mercado en Chichicastenango para poder comprar comida para mis hijos. Siempre teníamos que encontrar formas secretas para llegar al mercado, porque si caminábamos en las calles regulares nos podíamos topar con grupos de patrulleros. Y cuando ellos nos veían le hablaban a una máquina, no sé el nombre de esa máquina, llamaban a los soldados y ellos venían enseguida y comenzaban a dispararnos. Yo fui seis veces al mercado. Cada vez que fui encontré a patrulleros y soldados quienes me agarraban de los brazos, agarraban mi huipil y me llamaban burro, maltratándome de esta forma. Me cuestionaban, que de qué pueblo era, qué estaba haciendo ahí. Me preguntaban por qué estaba comprando tanta comida, si era para los compañeros [guerrilla] y ellos amenazaban con matarme, aún cuando yo les decía que estaba comprando comida para mis hijos.

La sexta vez que fui, unos soldados me atraparon en uno de los barrancos y me violaron. Yo estaba regresando del mercado, con la comida atada a mi espalda y con un niño en mi pecho cuando un grupo de soldados me encontró caminando y dijeron, ah, usted siempre pasa por aquí, ¿le está llevando comida a la guerrilla? Yo me asusté y no dije nada, ellos se enojaron. Tomaron la comida y la tiraron al piso. Agarraron a mi niño y me amenazaron con tirarlo al río, pero yo les supliqué que no lo hirieran. Entonces lo tiraron al piso, me empujaron, y un soldado me sujetó los brazos mientras otros dos me violaban. El tercero no me hizo nada porque me vio prácticamente muerta, entonces se fueron. Tomé a mi niño y corrí, dejando la comida tirada.

Fui a la casa y le conté a mi esposo lo que había pasado y él dijo que yo tenía la culpa por haber salido de la casa en vez de estar con los niños. Le dije ¿cómo podía quedarme aquí mientras mis hijos morían de hambre? Me dijo que solamente porque estábamos viviendo en esa situación tan difícil, me perdonaba, de otra manera él me hubiera degollado por haber buscado la ocasión para ser violada. Yo le contesté que por qué no dejaba de ser cobarde e iba él mismo a buscar la comida para nuestros niños. Después volví a salir y encontré una forma de llegar a Chichi cruzando varios ríos.

* * *

El Dr. Charles Hale dio el segundo testimonio del día, presentándose como un testigo experto para hablar de la relación entre etnicidad y violencia de estado durante el conflicto guatemalteco. Hales es profesor de antropología de la Universidad de Texas en Austin, donde ha dado clases desde 1996. Ha dirigido extensas investigaciones de campo en Latinoamérica, primero en Bolivia (1978-80), luego en Nicaragua (1981-90), y por último en Guatemala (1996-2004). Es el autor de numerosos libros y artículos sobre políticas de identidad, racismo, neoliberalismo y resistencia entre los indígenas de Latinoamérica, incluyendo Ambivalencia Racial y Pluriculturalismo Neoliberal en Guatemala (SAR, 2006).

El propósito de mi testimonio es dar mi opinión profesional sobre una serie de temas concernientes a las relaciones inter-étnicas en Guatemala. Mis investigaciones de campo en el departamento de Chimaltenango se enfocaron en la población ladina y sus percepciones de la población maya en el contexto del levantamiento maya que exigía derechos, autoridad y fin al racismo. Entrevisté a 100 ladinos, desde gente de clase baja hasta gente con poder, incluyendo actores políticos y en muy pocos casos oficiales de alto rango del ejército guatemalteco. También hice una extensa investigación sobre la historia de Chimaltenango antes y durante el periodo del conflicto armado.

La investigación encontró una historia de profunda inequidad entre la comunidad maya y los ladinos, o euro-guatemaltecos, quienes han monopolizado el poder político y económico por tanto tiempo. En el contexto del conflicto armado esta inequidad está expresada a través de la violencia del estado que tiene ciertas características

generalizadas, pero que posee algunas características muy específicas cuando se confronta con lo indígena.

Comencemos en el entendido que un “grupo étnico” es un grupo de individuos con características sociales y culturales en común, que promulga y reconoce las fronteras que definen al grupo. En el caso de Guatemala, los grupos étnicos indígenas tienen características sociales comunes que tienen que ver con el lugar de nacimiento, lengua madre, prácticas culturales, valores cosmológicos o espirituales- y también fronteras designadas entre ellos como indígenas y el resto de la sociedad como no indígenas. Estas fronteras han sido percibidas y fortalecidas por grupos dominantes en Guatemala para relegar a los indígenas como culturalmente diferentes e inferiores y para reforzar la inequidad.

Si vemos la historia de Guatemala durante el periodo colonial, los regímenes claramente diferenciaron a los indígenas imponiendo condiciones de inferioridad de manera informal y legal. Los ladinos dominantes usaban el término “República de los Indios” para diferenciar al espacio indígena. Una vez que el país se convirtió en república, todos los guatemaltecos fueron considerados ciudadanos. Pero las condiciones políticas y sociales de los indígenas continuaron siendo limitadas fuertemente. Había leyes que obligaban a los indígenas a trabajar en fincas [plantaciones] con el objeto de evitar ser considerados criminales o vagabundos. Su acceso a la educación era severamente limitado. Su participación política era inconcebible, aún a nivel local. Estas condiciones reflejaron el profundo racismo que imperaba en el sector ladino. El grupo indígena era considerado inferior en un sentido cultural y también biológico. La única manera real para que un miembro de la comunidad indígena pudiera avanzar era cambiar su identidad y abandonar completamente a su comunidad y a sus costumbres.

Estas condiciones empezaron a cambiar durante la década de la reforma económica (1944-54), aunque todavía existían ciertos límites. Pero con el golpe de 1954, hubo una regresión al status quo, y cuando el conflicto comenzó, los indígenas vivían en condiciones muy similares a las del pasado.

Los mayas son pan-étnicos. Vienen de diferentes regiones de Guatemala y México, y están compuestos por diversos grupos que hablan numerosas lenguas. Pero desde el punto de vista de los ladinos, ellos representan un grupo homogéneo, imposible de diferenciar, que tiene una perspectiva “india”. En esencia, los ladinos consideran a la cultura maya como tradicional y estática, que no cambia con el tiempo, una cultura inferior que no tiene la capacidad de adaptarse a la modernidad; una cultura orgánica incapaz de pensar, cuyos miembros siguen ciegamente sus preceptos tradicionales.

Así que si aplicamos estas generalidades a los hechos del conflicto, podemos ver que la primera fase de las masacres y sus características surgen de la consideración que los indígenas son una masa de grupos que no pueden diferenciarse. Si algunos individuos son culpables por asociación con la guerrilla, luego entonces todo el grupo debe ser culpable. También es importante notar la configuración espacial del campo guatemalteco. Los condados están divididos en cabeceras de distrito, que es donde viven

los ladinos, y en los pueblos de la periferia que son abrumadoramente indígenas. Entonces, cuando los militares atacaban estos pueblos, estaban bastante seguros que todos los habitantes eran indígenas. Y ciertamente vemos un patrón de represión selectiva en las cabeceras de distrito, pero represión indiscriminada en las poblaciones de la periferia.

En la segunda fase, cuando se aprobó la amnistía y se construyeron pueblos modelo, la política del estado ya no era destruir sino cambiar la cultura – domesticarla, subyugarla a la autoridad nacional. La idea era controlar a los indígenas en vez de eliminarlos.

En Chimaltenango hay patrones notables de respuesta del estado ante cualquier señal de organización colectiva y deseo de cambio social.

A mediados de los 70, hubo un número de nuevas organizaciones que comenzaron a probar y a modificar las condiciones locales en Chimaltenango mejorando los derechos de los indígenas. Poco a poco las 16 municipalidades de Chimaltenango empezaron a elegir alcaldes indígenas. La respuesta del estado nuevamente fue violencia, ya que los alcaldes fueron asesinados por escuadrones de la muerte u otros grupos dirigidos por el estado. En este contexto, creció el anhelo de encontrar otro camino hacia el cambio, había simpatía para la guerrilla, pero también una gran movilización social.

Cuando la insurgencia se hizo más fuerte en el año 1981, en Chimaltenango no había una gran presencia de la guerrilla. Efectivamente el patrón de las masacres en el departamento – hay 63 masacres documentadas – mostraba que la mayoría se habían llevado a cabo después de que la guerrilla se había retirado. Entonces hubo una lógica distinta de represión aplicada a lo indígena que no necesariamente coincidía con la lógica contrainsurgente general.

Uno de los hallazgos más impresionantes en mi investigación tiene que ver con la forma en la cual los ladinos perciben a los indígenas. En la mentalidad ladina, la mayoría de las comunidades indígenas representa una amenaza. Siempre está presente el miedo de castigo de los indígenas hacia los ladinos: un día, todos ellos se sublevarán colectivamente y matarán a nuestros hombres y violarán a nuestras mujeres. Causarán un daño masivo. Es lo contrario a lo que real e históricamente ha venido sucediendo. Tenemos un caso notable en Chimaltenango en 1944, cuando un grupo de indígenas tomó el control de la cabecera de su distrito y murieron 14 ladinos. El ejército envió una respuesta masiva para calmar la rebelión y entonces, con el fin de darles una lección, no solamente a ellos sino a las comunidades indígenas en general, masacraron a cientos de indígenas; las cifras sugieren que murieron entre 300 y 500 personas. La represalia fue una demostración del poder del estado y comparte rasgos similares en la negativa de las élites ladinas a diferenciar entre individuos durante las últimas masacres, tratando a todos los indígenas como un grupo homogéneo.

Así que cuando los militares respondían a la amenaza insurgente, respondían también de acuerdo a este racismo histórico, con la idea que los indígenas tradicionalmente actúan como grupo y podrían en cualquier momento sublevarse contra los ladinos. La

contrainsurgencia fue un matrimonio entre la respuesta contra la guerrilla y la profunda percepción de la amenaza indígena. Ésta interpretación ayuda a explicar la lógica de la violencia, que fue mucho mayor a la necesaria. Fue un nivel de violencia que tenía la clara intención de destruir físicamente o infligir un dolor atroz a los miembros de comunidades indígenas específicas, o grupos de comunidades sin distinción alguna. Esta destrucción parcial tuvo un efecto demostrativo en el resto de la población maya.

DÍA TRES

*El antropólogo, autor y sacerdote jesuita guatemalteco **Ricardo Falla** presentó el primer testimonio ante el juez Pedraz el miércoles 28 de mayo, en el cual describió las campañas genocidas del ejército guatemalteco en Ixcán a principios de los años 80 y las comunidades de resistencia popular (CRP) creadas en respuesta por los sobrevivientes. El testimonio de Falla está basado en años de entrevistas con sobrevivientes de las masacres viviendo en las CRPs y en campamentos para refugiados en México a lo largo de la frontera con Guatemala. Sus investigaciones y análisis han sido publicados en varios artículos y libros, incluido Masacres en la Selva: Ixcán, Guatemala, 1975-1982. Él empezó su testimonio contando cómo se enteró de la masacre de San Francisco en 1982. El 17 de julio de 1982, soldados entraron a la aldea de San Francisco Nentón en Huehuetenango. Ellos convocaron a todos los pobladores a una reunión y luego encerraron a los hombres y a las mujeres en dos edificios. Al final del día, habían matado más de 300 personas. Un sobreviviente le contó la historia a Falla en un campamento de refugiados en México.*

La primera masacre que yo documenté fue la masacre en la Finca San Francisco. Me reuní con el testigo principal en el campamento La Gloria en México, en la frontera con Guatemala, a principios de septiembre de 1982— dos meses después de la masacre. Nos contó lo que había sucedido y grabé su testimonio. También grabamos el testimonio de monseñor Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal de las Casas, quien describió la llegada de los guatemaltecos a México luego de haber huido de la masacre. Estaban en pleno pánico, cargando sus hijos, sus bultos, sus gallinas y todo lo demás que pudieron sacar de Guatemala.

El testigo me contó cómo el ejército llegó a la aldea el sábado 17 de julio de 1982. Llegaron en helicópteros, entonces el testigo supo que no eran guerrilleros. Los hombres estaban trabajando en el campo y las mujeres estaban en sus casas. Había cientos de soldados. Reunieron a los hombres y los llevaron al juzgado donde los encerraron. Las mujeres y los niños fueron encerrados dentro de una iglesia. Los hombres podían oír el traqueteo de las ametralladoras y los gritos de las mujeres. Estaban violando a las mujeres. (Yo le pregunte, “¿Cómo sabía?” Me dijo que era porque él y los otros sobrevivientes volvieron después para ver y encontraron los cuerpos de las mujeres con las faldas alzadas.) Los soldados llevaron a los niños y estrellaron sus cabezas contra el piso.

Luego los soldados descansaron. La masacre fue mucho trabajo. Los soldados cerraron la puerta y charlaron, tocaron guitarra. Luego matarían a todos los que estaban adentro. El testigo escapó por una ventana mientras los soldados descansaban.

La aldea fue arrasada. Nunca fue reconstruida. Me di cuenta de que este testimonio era invaluable – y que era una responsabilidad. Quería entender *¿Cómo* ocurrió esto? *¿Cómo* llegó a suceder esto?

En 1983, fui a la selva del Ixcán para hablar con la gente que estaba huyendo de las masacres. Me quedé con un grupo de personas y me trasladé con ellos mientras se escondían. Hablamos mucho – llené 5 cuadernos con las entrevistas. Poco a poco, cada entrevista me dio más información hasta que fui capaz de crear un mapa de cómo ocurrieron las masacres. Fue un trabajo difícil; estábamos en la montaña, y había soldados, guerrilleros, había una guerra llevándose a cabo. Después fui al campamento de refugiados que quedaba cerca, tal vez a tres o cuatro horas caminando desde donde estábamos escondidos. Estar en el campamento era como estar en un hotel Hilton. Había leche, queso. Uno no tenía que preocuparse por ser perseguido por el ejército. Tuve la oportunidad de tomar muchas declaraciones. Y la gente hablaba y hablaba. Me contaron lo que habían sufrido. Me contaron sus vidas.

Nunca dejé de ser un sacerdote. Y la gente se alegraba de poder contarme sus historias.

En el mapa que hice, documenté lo que había pasado entre Río Ixcán y Río Xalbal – esas fueron las masacres mejor documentadas porque había más gente ahí. Pero también me enteré de masacres en Santa María Tzeja y otros sitios. Entrevisté a sobrevivientes de la masacre de Cuatro Pueblos, la cual ocurrió en dos lugares distintos. Después los soldados fueron a Los Ángeles. Ahí no masacraron. *¿Por qué?* Pienso que ese fue el día que Ríos Montt asumió el poder gracias a un golpe de estado. Entonces, no masacraron porque no había autoridad superior para dar órdenes. Luego ocurrió la masacre de Xalbal. En junio llegó la amnistía y no hubo masacres. Sólo hubo una masacre entonces y fue cometida por la guerrilla, una de las pocas masacres cometidas por ellos.

Todas estas masacres formaron parte de un plan y seguían el mismo patrón: los soldados rodeaban un pueblo, dividían a los hombres y a las mujeres, violaban a las mujeres, mataban a las mujeres y a los niños y luego a los hombres, y quemaban el pueblo. Un testigo me contó cómo los oficiales tenían que animar a los soldados a seguir trabajando, diciéndoles que ellos estaban luchando contra el comunismo. Pensaban que estos pueblos estaban apoyando a la guerrilla y por lo tanto había que destruir “hasta la última semilla.” Según algunas notas periodísticas de la época, el ejército tenía en su sede un mapa con banderitas rojas marcando las aldeas. Tenían un plan de destruir a los habitantes porque creían que estaban detrás de la guerrilla. Por supuesto, la mayoría de los pobladores no tenían nada que ver con los guerrilleros.

No soy un testigo ocular de las masacres, pero sí soy testigo de la persecución que los soldados llevaron a cabo en contra de la gente: de la gente que se resistía. Al principio no conocíamos ni usábamos esta palabra, “resistir.” Estábamos sobreviviendo. Estábamos en

grupos pequeños de 7 u 8 familias, tal vez 50 personas. Y un grupo de soldados nos sorprendía en la montaña. ¿Qué podíamos hacer? Huíamos: corríamos, corríamos por los arroyos para no dejar huellas. Ya habríamos acordado un lugar para reunirnos después. Entonces nos esparciríamos, corriendo y luego nos encontraríamos en el lugar.

Y Dios, si que llovía – tremenda lluvia. En algún punto hubo 450 personas escondidas en pequeños grupos allá arriba. Esto debido a que había comida en ese momento – era difícil de encontrar, pero allí estaba. A veces uno tenía que pasar uno o dos días sin comer, pero después podías comer porque había cosechas escondidas y otras fuentes de comida que podíamos hurgar.

Luego fui a México. Me encerré en un cuarto y escribí por dos años. Escribí – y lloré. ¿Usted sabe cuando hay algo fresco y uno está motivado? Escribí todo lo que pude – 1,400 páginas. Eran dos volúmenes, demasiado.

En 1984, México se llevó a todos los que estaban en los campamentos en la frontera y los dispersó en Campeche y Quintana Roo. Muchos se negaron a ir a los nuevos campamentos y a establecerse lejos de la frontera, por eso algunos decidieron volver y resistir. Se unieron a la gente organizada en la montaña. Siempre hablamos de la gente como víctimas, pero no de las cosas increíbles que hicieron para resistir y sobrevivir. La gente estaba mucho más organizada para entonces. Podían quedarse en un lugar casi tres meses sin tener que moverse. El ejército los estaba bombardeando con grandes bombas que dejaban cráteres inmensos. Pero las bombas realmente no mataron tanta gente. La gente simplemente se escondía de las bombas. Entonces eran víctimas, pero en resistencia – una resistencia que empezó con las masacres.

* * *

*La segunda testigo fue **María T.** ahora de 67 años, María nació en El Caserío Tunajá, una comunidad entre Chiché y Joyabaj, municipio de Zacualpa. Habló con el juez Pedraz en quiché a través de un intérprete.*

En diciembre de 1983, soldados y patrullas de autodefensa civil (PACs) llegaron a nuestro pueblo. Yo estaba dentro de nuestra casa. El ejército fue de casa en casa buscando gente. Se llevaron a cuatro mujeres y encontraron a mi marido trabajando en el campo y se lo llevaron también, a la base militar en Joyabaj. Dos de las mujeres capturadas eran vecinas mías; cuando volvieron de la base me contaron que vieron a mi marido atado y gravemente golpeado. Sus manos estaban hinchadas por estar amarradas tan fuertemente.

Cuando los soldados se llevaron a mi marido, él protestó y dijo que había servido en las patrullas y mis hijos y yo corrimos a defenderlo, pero nos golpearon y se lo llevaron de todos modos. Estuvo en la base ocho días. Luego lo llevaron a Zacualpa y ahí fui a buscarlo. Lo encontré atado en la parte trasera de una camioneta militar encima de un montón de madera y le rogué al teniente de ahí que lo soltara pero él dijo que no. Volví a

casa donde estaban mis hijos sintiéndome muy triste. Luego otra persona que había estado en cautiverio con mi marido fue liberado y vino a decirme que lo habían matado.

Después, las patrullas y los soldados seguían viniendo a nuestra casa cada pocos días, y tenía que esconderme durante el día de ellos. Ellos venían al pueblo disparándole a la gente y diciéndoles que tenían que entregar a la gente mala o si no iban a matar a todos. Registraban todas las casas del pueblo. Primero eran de la patrulla de Joyabaj, luego de Zacualpa. Me dijeron que mi hijo tenía que unirse a las patrullas, que había órdenes del teniente, pero mis hijos se habían ido a trabajar en la costa sur. El primer jefe de las PACs no era tan terrible. Dijo que todos tenían que ser parte de las patrullas para poder proteger a sus comunidades. Pero el segundo amenazó con matar a toda la familia.

En ese momento nadie podía dejar el sitio donde vivía sin el permiso de los patrulleros. Una amiga mía trató de salir para ir al pueblo – fue a donde las patrullas a pedir permiso – pero le negaron el permiso y le dijeron que regresara a su casa.

Una noche un grupo grande de soldados llegó a las 11 de la noche a mi casa y golpearon a mi puerta preguntándome si yo era una persona buena o una persona mala. Les pregunté a través de la puerta “¿Qué quieren?” y me dijeron “Si no abre la puerta la vamos a romper.” Entonces abrí y entraron a la casa. Registraron todo, cuántos muebles tenía, quién estaba viviendo ahí y se robaron toda mi comida. Me preguntaron si había habido gente rara pasando por allí y les dije que no. No encontraron nada sospechoso en la casa, así que se fueron.

Cuando regresaron me mostraron fotos diciendo “ésta es gente mala,” pero les dije que yo no los conocía. Amenazaron con llevarme a la base ya que no estaba hablando. Me estaban amenazando y una de mis hijas, quien tenía 8 años, le preguntó a los soldados por qué estaban molestando a su mamá. Les dijo que buscaran guerrilleros en la montaña porque en las casas sólo había gente buena. Tuvieron que usar un intérprete para entender a mi hija porque ellos no hablaban quiché.

Los soldados rodearon la casa de mi vecina y le dijeron que les entregara a su marido. Ella dijo que él no estaba. “¿Por qué tiene a sus hijos adentro si no hay marido?” Ella dijo que él estaba fuera trabajando. “Si no lo entrega, nos vamos a llevar a su niño de 5 años.” El comisionado militar le preguntó a mi vecina, “¿tiene usted pensamientos buenos o malos?” Y ella dijo, “Yo no pienso nada malo”. Pero se la llevaron. Yo podía escucharla gritar mientras se la llevaban.

DÍA CUATRO

*El jueves 29 de mayo, **Domingo L.** dio su testimonio. Domingo nació en el Cantón Xecnub, en el municipio de Joyabaj, departamento de Quiché. Creció con siete hermanos aprendiendo a trabajar en el campo con su padre y sus hermanos. Las masacres llegaron a su aldea en 1981; durante dos años su familia huyó de comunidad en comunidad tratando de escapar de la violencia. Domingo perdió a sus padres y a cinco de sus*

hermanos como resultado del conflicto. Luego se volvió miembro y organizador del Comité de Unidad Campesina (CUC).

Vivíamos cerca de Joyabaj en El Quiché. Antes, teníamos una vida mejor –era una vida difícil porque teníamos que trabajar en la costa cada año cosechando café, pero todo era tranquilo. En agosto de 1981 empezaron los problemas. Durante una fiesta, 5 ó 6 personas fueron secuestradas y encontradas muertas después. No sabíamos por qué. Pero allí es donde todo comenzó.

El 24 de diciembre el ejército llegó a Xecnub y empezó a matar gente. Mi madre y padre vivían en ese sitio – éramos ocho. El ejército nos estaba matando. Nos juntamos y huimos a la montaña. Bajamos a tratar de recoger nuestras cosas pero encontramos todo quemado. Todo estaba quemado. Nunca regresamos a vivir en esa casa.

Nos escondimos como refugiados en otro sitio, en Alta Verapaz. Una de mis hermanas vivía allá, recién casada. Pensábamos que en 10 ó 15 días este problema se iba a acabar. Pero no, duró mucho más tiempo. Más y más personas dejaron sus aldeas y se fueron a la montaña. Cuando estábamos allá el ejército atacó a la gente y alrededor de 80 personas fueron asesinadas en la montaña.

La patrulla de defensa civil de Xecnub trabajaba con los soldados. Ellos nos perseguían por donde fuera, cazando a toda la gente de Xecnub para que nadie pudiera trabajar o regresar a casa. Seguimos hacia Churexa para escapar de ellos.

En mayo de 1982 mi padre, y dos hermanos y yo dejamos la aldea para plantar nuestros cultivos. Sembramos nuestro campo durante tres días. Volvimos a nuestra casa y encontramos que el resto de la familia no estaba. Cinco personas de mi familia fueron secuestradas y capturadas: mi madre, tres de mis hermanas y una sobrina. Me enteré después por dos patrulleros que habían sido asesinadas. No sabemos dónde están enterradas; algunas personas dicen que en el cementerio, otras que en el cuartel. Así que sólo quedamos cuatro de nosotros. Nos quedamos solos huyendo de los patrulleros.

En agosto ya no había nada que hacer en esta área. Los patrulleros estaban bien organizados en los dos cantones para buscar y matar a la gente. Entonces, en ese mes, todos los que quedábamos dejamos el área y huimos juntos para encontrar otro lugar donde escondernos, en Zacualpa. Estuvimos ahí durante tres días. Pero los patrulleros y el ejército nos persiguieron y nos atraparon un día por sorpresa. Ellos mataron a alrededor de 60 personas- hombres, mujeres y niños. Yo estaba junto a mi papá y dos hermanos. Pudimos escapar más rápidamente porque éramos hombres, pero las mujeres y los niños pequeños se rezagaron y fueron asesinados. Fuimos después de regreso, a hurtadillas, a cerciorarnos que los soldados se habían ido. Vimos a la gente muerta. Algunos no tenían cabezas, otros se encontraban ahí tirados con sus cuellos cortados.

En abril del 1983, soldados y patrulleros rodearon y atacaron Xolbalchaj a donde habíamos ido a vivir y a escondernos. Ellos se llevaron a todos en esa área y los mataron. Más o menos 45 personas murieron en ese incidente. La mañana antes que ellos vinieron

habíamos escuchado que iba a haber una barrida militar. Mi padre fue a investigar pero yo me quedé trabajando en el campo. Luego vi a alrededor de 100 patrulleros acercándose e inmediatamente me escondí bajo un montón de hojas. Cinco minutos después escuché el sonido de los patrulleros gritando y de pies corriendo. Ellos mataron a mi padre y a uno de mis hermanos, luego a mi otro hermano. Entonces sólo quedamos mi hermana y yo de una familia de nueve.

Antes no había base militar en Joyabaj. Pero cuando empezaron los problemas ellos crearon esta base militar en Joyabaj. En el Cantón Xeabaj había una base para los patrulleros. En cada lugar los patrulleros tenían las bases. Ellos nos amenazaban todo el tiempo. Nos decían “Ustedes son malas personas. Van a morir.”

Nunca supimos a dónde llevaron a mi madre. El cuerpo de mi padre y el de un hermano fueron exhumados en el sitio donde 45 personas murieron y nosotros los volvimos a sepultar.

* * *

Beatriz Manz habló después de Domingo. Manz es una profesora de Geografía y Estudios Étnicos en la Universidad de California Berkeley y ha concentrado sus investigaciones en comunidades mayas de las zonas rurales de Guatemala. En su primer libro, *Refugees of a Hidden War: The Aftermath of Counterinsurgency in Guatemala* (Albany: State University of New York Press, 1988), Manz examinó los abusos cometidos por el ejército en contra de comunidades indígenas rurales, y el resultante desplazamiento masivo forzado que afectó a más de un millón de guatemaltecos. En su libro más reciente, *Paradise in Ashes: A Guatemalan Journey of Terror, Courage and Hope* (Berkeley: University of California Press, 2004), Manz hace un recuento de las experiencias de una aldea ubicada en el corazón de la selva al norte de Guatemala, cerca de la frontera con México.

Estoy aquí para hablar acerca de mi trabajo como antropóloga en Guatemala y en campos de refugiados en México.

La campaña contrainsurgente del ejército causó masacres. De acuerdo a la Iglesia Católica, alrededor de un millón y medio de personas fueron desplazadas forzosamente. El ejército siguió y persiguió a las personas desplazadas, capturándolas o matándolas, destruyendo sus campos de cultivo, sus árboles y sus frutos. La constante persecución creó condiciones insoportables que causaron la muerte de muchas más personas, especialmente niños. La constante vigilancia aérea de los creó también condiciones terribles para ellos. Tenían que cocinar en el medio de la noche. Tenían que usar ropa mojada porque no podían esperar a que ésta se secara después de la lluvia; tuvieron que matar a sus perros para que no ladraran, y tuvieron que silenciar a sus propios hijos. Cuando ya no pudieron soportar esta situación, cruzaron la frontera con México.

La primera vez que escuché de las masacres fue cuando estuve en los campos de refugiados en México. Había leído algo sobre ellas en la prensa en 1981, pero no fue hasta que me encontré realizando entrevistas en los campos en 1982 que me di cuenta de la inmensidad de estas masacres. En los años 70, el gobierno llevó a cabo una persecución selectiva dirigida a ciertos sectores, tales como activistas católicos, maestros, líderes sindicales. Pero la gente no huyó de las áreas en donde vivían, se quedaron en sus pueblos.

En 1982, lo que los refugiados describieron fue un nivel mucho más alto de persecución. Era algo completamente diferente. Yo llevé a cabo alrededor de 100 entrevistas con ellos. Cuando llegué al campo de refugiados Puerto Rico, la gente estaba saliendo a través de la frontera- en un día entre 600 a 800 cruzaron. Es difícil describir las condiciones en las que estas personas llegaron. Para llegar al campo había que caminar a través de una densa jungla. Su condición física cuando llegaban era muy precaria, algunos no tenían zapatos, llegaban en un estado de desnutrición, enfermos, con frío, etc. Sólo tenían las hierbas de la selva para comer, y muy poca agua. Varias mujeres dieron a luz en la selva.

Ya en 1982 escuchábamos acerca de muchas muertes. Los que partieron fueron aquellos que fueron capaces de escapar de los ataques del ejército. Era muy difícil llegar del Altiplano a México. Venían de toda esa área: de Huehuetenango, Petén, Ixcán. Todos contaban historias similares. El ejército rodeaba una aldea. Si encontraban gente ahí, la mataban y destruían la aldea: quemaban las casas, mataban a los animales y destruían los cultivos. La gente que pudo esconderse huyó para la selva y vivió condiciones horribles, y aquellos que sobrevivieron el desplazamiento huyeron a México.

La gente se escondía profunda, profundamente en la selva, y los patrulleros los perseguían. Dentro de la selva establecían sus pequeñas milpas, chicas y dispersas para que no pudieran ser vistas aéreamente. Cuando los soldados las destruían, la gente perdía toda esperanza.

Algunas veces 6 ó 7 familias se escondían juntas, otras veces grupos grandes de 700 personas. Era mucho más difícil sobrevivir de esa manera. No podían caminar en los mismos senderos juntos. Tenían que desplazarse hacia la frontera al norte abriéndose paso por la densa jungla en el medio de la noche. Durante el día tenían que detenerse y guardar silencio. Si eran un grupo grande era aun más complicado – cientos de personas tratando de caminar a través de la densa jungla.

La meta del ejército era limpiar la región. Los soldados seguían las órdenes de controlar todo y a todos en la zona de Ixcán. El “Plan Victoria 82” estaba enfocado en una victoria total – que significaba control del ejército en la zona – no solamente significaba el control de las guerrillas o la persecución de ciertos activistas. El ejército tomó control de las iglesias, de las escuelas. Nunca antes la Iglesia Católica había tenido que cerrar una diócesis entera, tal y como tuvo que hacerlo en El Quiché. Pero eso no era suficiente. No era suficiente. El ejército tenía que continuar con su campaña para controlar todo y a todos, vivos o muertos.

En México, el gobierno creó a la COMAR (Comisión Mexicana para Refugiados). La agencia de la ONU para ayuda a refugiados, ACNUR, también abrió oficinas en México – era un reconocimiento del desastre de los refugiados de Guatemala. Estas nuevas instituciones ayudaron a manejar la crisis. Sin embargo, las incursiones del ejército guatemalteco a territorio mexicano generaron pánico entre los refugiados en el campo. Las incursiones tenían que haber sido muy pequeñas; los guatemaltecos sabían que estaban violando la soberanía del gobierno mexicano. Recuerdo un incidente en particular, en el cual 7 personas fueron asesinadas por soldados guatemaltecos. Así que ellos eran capaces de infiltrarse y atacar a la gente.

Antes de que todo esto ocurriera, la gente de Ixcán estaba bien organizada por los Maryknolls y la diócesis de El Quiché para asentarse en la zona. Pertenecían a cooperativas, tomaban clases, era una organización democrática la de las aldeas. Cuando las aldeas eran destruidas y la gente desplazada, los pobladores mantuvieron este nivel de organización. Y fue una forma importante de supervivencia. En los campos de refugiados, los líderes de las comunidades iban de casa en casa para asegurarse de que todos tenían un techo bajo las cabezas de su familia, de que sabían en dónde obtener comida, cómo construir un lugar para cocinar, etc. Claro está que las condiciones en el campo eran terribles. Estas personas ya eran campesinos pobres. Ahora tenían que vivir en condiciones atroces, y muchos de ellos fallecieron como resultado.

En 1983 fui a Guatemala para observar lo que estaba sucediendo en el Altiplano. Fui a las aldeas modelo, en donde ahora vivía la población que había sido capturada o entregada al ejército. La forma en la que el ejército se refería a los civiles era convirtiéndolos en prisioneros o criminales. Ellos los “capturaron”, los “detuvieron”, los “interrogaron”, y hablaban de “perdonarlos”. Los torturaban para que la gente tuviera que decir algo, “acusar” a otros. Tenían que entregar a otros, dar nombres; no era posible permanecer callados. El ejército llevaba en camiones a grupos de personas, prisioneros que habían interrogado, lejos de la gran base militar en Playa Grande. Los camiones dejaban la base llenos y regresaban vacíos. Todos los que se quedaban en la base militar permanecían aprehensivos de que pudieran ser puestos en esos camiones y llevados lejos para ser asesinados. Uno no tenía que darle los nombres de los colaboradores de la guerrilla al ejército – ellos ya los conocían. Ellos sabían el hermano de quién estaba involucrado en la guerrilla. Pero igual interrogaban a todos para ver si estaban dispuestos a cooperar con el ejército y acusar a otros. Era una forma de involucrar psicológicamente a la población en una situación muy difícil. Se creaba un sentimiento de culpa terrible entre la gente.

En la primera fase de las operaciones de contrainsurgencia del ejército, ellos mataban a todos. Después las tácticas cambiaron, y mataban a todos aquellos que escapaban, pero los que se quedaban eran reunidos llevados a la base militar. Ahí eran interrogados y eventualmente eran llevados a las aldeas modelo.

La-aldea que mejor conocí, desde 1973, fue Santa María Tzejá, la cual se convirtió en una aldea modelo. Las aldeas modelo representaban un nuevo tipo de organización territorial para que el ejército pudiera controlar mejor a la gente. Los nuevos residentes que habían

sido traídos por el ejército cambiaron a la aldea también. Originalmente, la gente que venía a Ixcán era católica, y en Santa María Tzejá todos eran de El Quiché y hablaban K'iche'. Pero cuando Santa María Tzeja se convirtió en una "aldea modelo" el ejército trajo a evangélicos y a gente de distintos lugares del país. Así que en Sta. María Tzeja, por ejemplo, había 116 familias y ellos hablaban 7 idiomas distintos. La estrategia del ejército era la de mezclar a la gente de tal manera que les fuera imposible unificarse.

En las aldeas el ejército llevaba a cabo programas de re-educación. Después de los horrores que esta gente había presenciado, eran más vulnerables a las presiones psicológicas del ejército. El ejército decía: ¡Esta es la bandera de Guatemala! ¡Tienes que honrarla! ¡Tú has sido manipulado por los extranjeros! De tal manera que la re-educación ideológica era intensa. "Ustedes son gente mala, con malas ideas, pero nosotros los perdonamos".

Algunos grupos internacionales enviaban comida para ser distribuida (supuestamente por civiles) entre la gente. Pero era siempre el ejército el que distribuía la comida y la asistencia médica. Los líderes de la comunidad eran nombrados por el ejército. El número de tortillas que podías tomar, cuánta sal te correspondía; todo era controlado por el ejército. Uno no podía ir y venir cuando le placiera, todos los movimientos eran controlados por el ejército. Si un hombre quería irse y faltar a su servicio de patrulla, le tenía que pagar a un reemplazo. Uno tenía que mostrar su cédula en todos lados. El ejército anotaba todo esto en unos cuadernos escritos a mano. Si uno perdía su cédula, estaba en problemas.

El ejército es muy jerárquico y muy disciplinado. Los oficiales estaban bien entrenados, por lo general en Estados Unidos. La idea que un grupo de soldados de bajo rango llegara a una aldea y cometiera una masacre por decisión propia no era sostenible, no era posible. Ellos siempre tenían listas de sospechosos por nombre cuando llegaban. El nivel de control y organización de la campaña era tal que era claro que había sido diseñado por oficiales superiores.

Las consecuencias de las masacres son de largo plazo: en primer lugar mucha gente fue dejada con traumas psicológicos y problemas sociales profundos. En segundo lugar, el miedo profundo causado por la violencia militar, la devastación y el colapso de la economía han producido fuertes olas de inmigrantes indocumentados sobre la frontera de Estados Unidos. En tercer lugar, el atraso económico en las zonas rurales, que de por sí eran ya bastante pobres, tiene y continuará teniendo consecuencias profundas. Nadie les ha reembolsado a las familias campesinas por las tierras que perdieron, o por sus casas, o animales. Así que si eran pobres para empezar, imagínense su condición ahora. En cuarto lugar, en el pasado los campesinos de Ixcán, por ejemplo, estaban bien organizados en cooperativas. Ahora todos están aislados- cada quien planta su pequeña parcela de cártamo o cualquier otra cosa que coseche y la vende por su cuenta. Por último, Guatemala enfrenta el legado de la violencia brutal, de linchamientos –tanto adultos como niños conocen sólo la violencia. No había ni hay leyes. Hay caos. La gente es muy apática. ¿Por qué deberían hacer algo? Ellos saben las consecuencias. Esta combinación de malestar no es la receta del éxito, para el desarrollo social y

económico. ¿Cómo se puede llegar al progreso social cuando se tiene una sociedad pesimista ante el futuro debido a lo que sufrieron en el pasado, y a que no tienen razón o seguridad alguna de que lo que ocurrió no volverá a suceder?

Nos damos cuenta que los muertos no volverán con nosotros. Desaparecieron y nunca regresarán. No volveré a ver otra vez a mi colega Myrna Mack, quien fue asesinada a manos del ejército por el trabajo que realizaba. Pero el mundo tiene que dar un fallo. ¡Juzgar a los responsables! En el siglo XXI no podemos mantener estos horrores escondidos, no podemos continuar en silencio sobre lo que ocurrió en Guatemala. Al menos a través de este caso, el mundo escuchará, el mundo sabrá, y la sociedad guatemalteca, especialmente los sobrevivientes, sabrán que lo ocurrido fue juzgado como un crimen contra la humanidad. Así esta sociedad dañada se podrá convertir en una sociedad digna de nuevo.

DÍA CINCO

*Un testigo experto testificó ante el juez Pedraz el viernes 30 de mayo, completando así la segunda ronda de audiencias sobre el caso internacional de genocidio en Guatemala. **Marta Elena Casaús Arzú** tiene un doctorado en Ciencias Políticas y Sociología, y es profesora de Historia de las Américas en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Ha sido la investigadora principal en numerosos estudios relacionados al racismo y desarrollo intelectual en América Central. Dentro de sus recientes publicaciones se encuentran: Guatemala: Linaje y Racismo (Guatemala: F&G Editores, 2007); Las Redes Intelectuales Centroamericanas: Un Siglo de Imaginarios Nacionales (1820-1920) (Guatemala: F&G Editores, 2005); y La Metamorfosis del Racismo en Guatemala (Guatemala: Cholsamaj, 2002).*

Mis estudios se han concentrado en el racismo; estudio la naturaleza racista del estado guatemalteco. El racismo es un elemento histórico y estructural de Guatemala. El estado racista fue construido basado en la exclusión de lo indígena. Dentro de esta estructura, los indígenas no eran considerados ciudadanos.

¿Cómo ha evolucionado el racismo? El racismo comenzó al servicio de una sociedad de castas, la cual aceptaba la imagen del indio como un salvaje. Desde el siglo XIX, el estado guatemalteco ha hecho uso de la violencia para controlar a las comunidades indígenas. En lugar de hacer lo que otros estados americanos, tales como México, que celebró el mestizaje e incorporó a este grupo más amplio a la idea de nación, el estado guatemalteco se definió como un estado de blancos. La idea nunca fue la de mezclarse con los indios, sino la de mantenerlos en su lugar. Los blancos eran considerados superiores. En este sentido, los guatemaltecos miraban a Argentina como un ejemplo en los años 20. En la prensa, los editoriales hablaban de inmigración de Argentina y otros países para mejorar la raza guatemalteca.

Nunca hubo una reforma agraria, como sí la hubo en muchos otros países de América Latina, al menos no después de 1954. Sin embargo, durante el breve periodo

democrático de 1944 a 1954, los indígenas consolidaron su posición como campesinos. Se convirtieron en los autores de su propia historia y comenzaron a incorporarse a la vida política del país, lo cual era perturbador para la clase privilegiada. En la imaginación colectiva ladina había un permanente miedo de que si los “indios” obtenían poder, se levantarían y cobrarían venganza contra los blancos. Este miedo persiste hasta el día de hoy.

En los años 70, los indígenas comenzaron a incorporarse al conflicto armado. La respuesta del estado fue la masacre de Panzós en 1978, uno de los primeros signos fuertes del ataque que subsecuente y la deshumanización del indio por parte del ejército.

Dos años después, en 1980, cuando los indios tomaron la embajada española en la Ciudad de Guatemala, ésta fue una invasión del espacio urbano por los campesinos que no “perteneían” a este lugar. La masacre de la embajada española fue un punto de quiebre. Las elites culparon al embajador Máximo Cajal de ponerse del lado de la gente equivocada fue considerado un traidor a su raza. Era la única manera en la que podían explicar lo que pasó sin entrar en conflicto con su imagen del mundo. Y cuando el gobierno perdió prestigio internacional por la masacre, ya no tenía nada que perder si comenzaba a matar indiscriminadamente.

El estado y las élites de poder percibieron una amenaza de lo indígena, y la sociedad aceptó que era el momento adecuado para actuar contra ellos. El miedo a la rebelión y el deseo de exterminar a los “indios” se unió a un momento histórico-político que acabaría en etnocidio. Las élites creían que no había otra manera de enfrentar el conflicto más que la violencia sistemática y el genocidio, y las actitudes racistas de los altos mandos del ejército contribuyeron a la ejecución de los actos genocidas.

Quise analizar más de cerca esta cuestión del racismo dentro de la cultura dominante. Me entrevisté con 110 guatemaltecos de la élite, muchos de los cuales se habían graduado de las universidades más importantes de los Estados Unidos, para entender sus actitudes en cuanto a cuestiones de raza. Una de las preguntas que hice fue “¿cuál es la solución que usted propondría para integrar mejor a las comunidades indígenas en la vida nacional?” La respuesta de un hombre de negocios de 49 años fue típica que la de otros entrevistados. Dijo, “la única solución para esa gente sería una dictadura dura, un Mussolini o un Hitler que los pudiera forzar a educarse y trabajar. Ya sea eso o simplemente aniquilarlos completamente”.

Ese es el tipo de pensamiento que lleva al genocidio.

Cuando el gobierno de Ríos Montt tomó el poder en 1982, muchos miembros de las élites que compartían este pensamiento se volvieron parte del gobierno y fueron sus principales partidarios. Juntos a esta actitud existía una variante del pensamiento pentecostal que argumentaba que los indios que no aceptaran la visión pentecostal estaban condenados y no tenían alma. De esta manera era fácil deshumanizarlos.

¿Por qué aún cuando la amenaza de la guerrilla había desaparecido el gobierno continuó masacrando a la población indígena? Porque la élite política y militar quería darles una lección, para asegurarse de que nunca se les ocurriera siquiera pensar en levantarse de nuevo.

Si vemos a Guatemala hoy, encontramos que no mucho ha cambiado, en el sentido de que las condiciones económicas y el racismo subyacente son muy similares a lo que eran durante el conflicto. La estructura del estado racista continúa intacta y no ha habido un cambio legislativo real, ni un cambio en el sistema de justicia, ni un cambio en la estructura económica. El estado racista continúa funcionando con la misma lógica de exclusión, discriminación y exterminio, y la violencia generalizada continúa siendo uno de los principales males del país.

Y si todo esto es cierto, entonces ¿por qué no deberíamos considerar seriamente la posibilidad del resurgimiento del genocidio en Guatemala

-FIN-